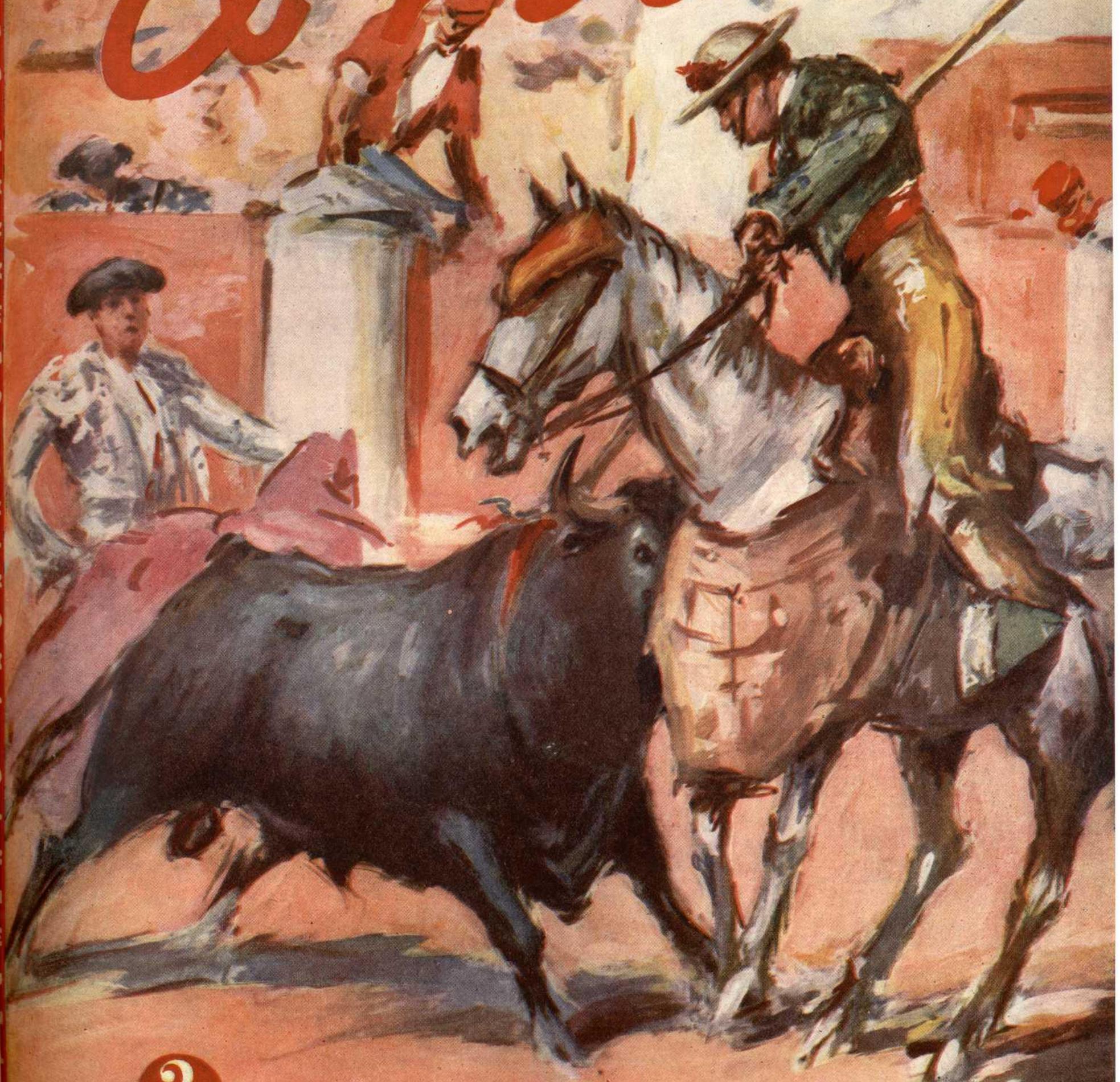


El Ruedo



2

Plas.



Estampa andaluza.

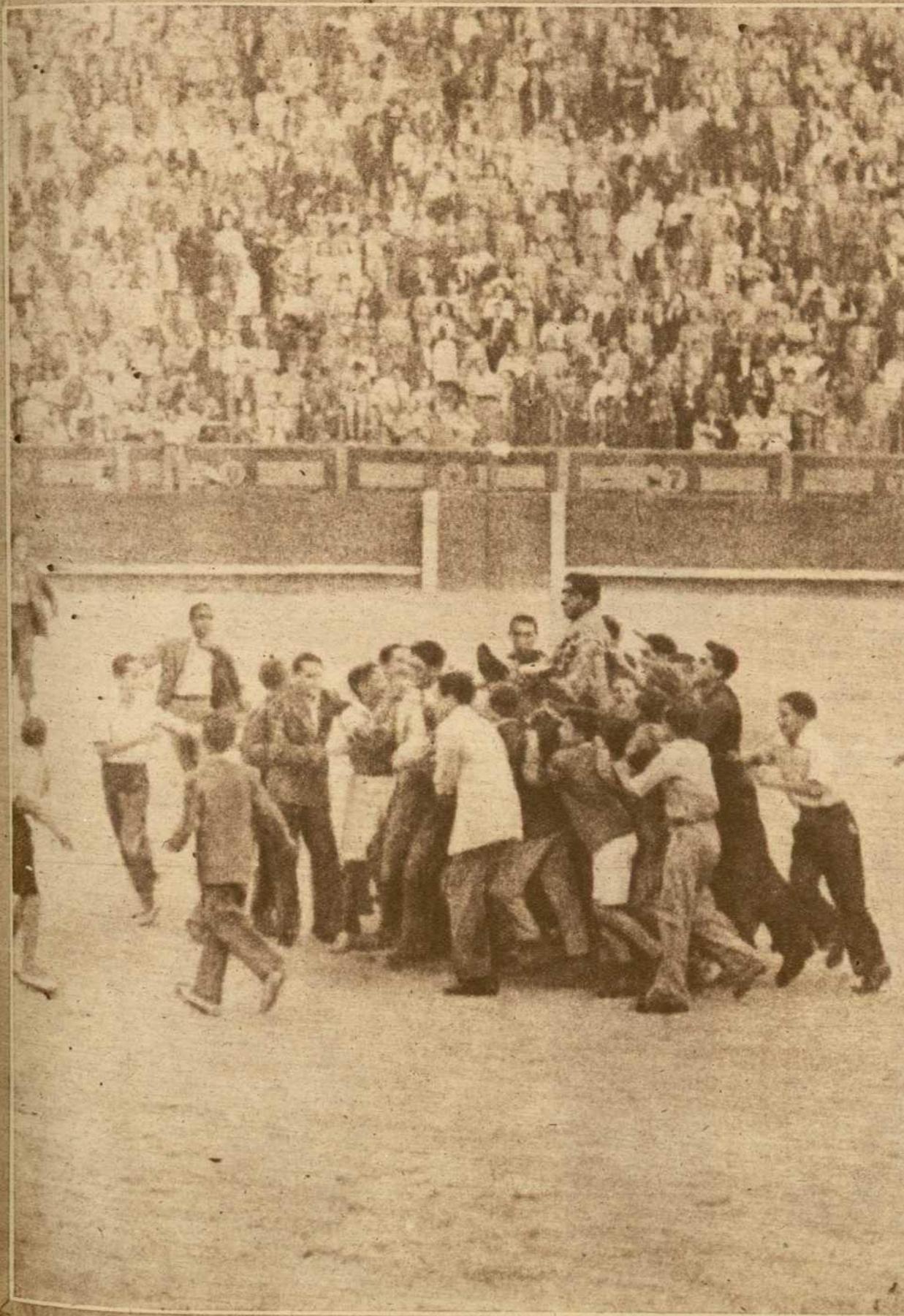


El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III-Madrid, 15 de agosto de 1946-N.º 112



EL torerillo ha logrado su sueño de actuar en Madrid. Ya no se acuerda de aquel calvario duro de las corridas por los pueblos; de los boyancones avisados, duros de patas, llenos de sentido y de intención aviesa...

Ahora la ilusión se ha hecho carne, y el torerillo está en un ruedo amplio, con los tendidos ocupados por gentes comprensivas, frente a novillos encastados y fáciles para la lidia.

Por la mañana le ha dicho, jactancioso, a su mozo de espadas:

—Como esta tarde me embista bien un toro...

Y ha llegado la tarde, y un toro le ha embestido bien. Entonces, el torerillo se ha llenado de gozo, ha puesto en la pelea todo aquel entusiasmo y toda aquella emoción que le mantuvo en pie en los años de prueba, y con la confianza y el valor que prestan los años juveniles y la fe en sí mismo, se ha salido lleno de júbilo hasta el tercio y ha desafiado al novillo con la actitud y con la voz:

—¡Toro..., jé! ¡Toro..., jé!

Y ha hecho todo lo que sabía: la verónica cargando la suerte y alargando el lance, la media verónica fajándose al novillo, las chicuelinas aquellas que tanto le aplaudieron una tarde en la feria pueblerina...

Después, con la muleta se ha quedado quieto tres veces, y ha ligado garboso los muletazos con la derecha, y se ha echado a la izquierda la pañosa y ha toreado al natural.

El novillo le ha dado una voltereta trágica; pero él se ha levantado y ha gritado rabioso:

—¡Fuera!... ¡Fuera!...

Y ha matado a la res, volcándose sobre el morrillo. Ahora se lo llevan en hombros, y él piensa en los caminos llenos de sol que ha recorrido para llegar hasta esta sombra grata del éxito en Madrid. Y ante el contraste, da por buenas aquellas amarguras, que hacen más dulce el momento presente.

—¡Ah! ¡Qué buena es una sombra cuando se ha conocido la inclemencia del sol y la fatiga enorme de andar... y andar...!

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



MUCHO se ha escrito, y más se escribirá, sobre las veleidades del público de toros, y siempre se hizo, y se hace ahora, con el mismo «descubrimiento», que consiste en afirmar: El público de hoy es muy distinto al de otros tiempos... Y sobre tan ligera afirmación se fundamenta un razonado escrito, en el que se le acusa de preferencias impremeditadas por unos diestros, mientras aparta a otros de su predilección sin causas justificadas, tan sólo por el hecho de que se ha cansado de verlos. Sin negar que esto

sea así, lo cierto es que tal defecto —o quién sabe si virtud— es de todas las épocas, y me bastaría para demostrarlo traer a colación unos cuantos parrafitos de otros tantos Anuarios taurinos, desde que «Dulzuras» empezó a publicarlos. Pero no es precisamente por aquí, por la veleidat con las figuras, por donde quiero hacer discurrir este comentario.

En ese «Punto y aparte» de la página «El Ruedo», que publica «Marca», decía «V», comentando una información de Agencia no carente de cierto tufillo publicitario, que «los públicos, contra lo que pueda creerse, no han ganado en versatilidad». Lo que ocurre, explica después, es que van más de prisa, tanto cuanto menos tardan los toreros en enriquecerse. Este es, sin duda, el secreto.

Ahora, los toreros tardan muy poco en contar por miles de duros. Dejan bien pronto atrás los días de amarguras y estrecheces económicas, y como el valor y la decisión de triunfar les dure dos o tres temporadas, con cierta dosis de buen artista que lleven en sí, es seguro que lleguen a tener un millón, ese millón primero ante el que los públicos de antes y de ahora tienen un sentido reverencial.

Entonces ocurre que los diestros, con no menos sentido reverencial del dinero, comienzan a ser avaros de su valor, de su decisión al menos, y los públicos a regatearles sus palmas. Aquéllos se dicen: «Yo qué necesidad tengo de jugármela, si ya me la jugué y gané.» Y los públicos, como si adivinasen el íntimo soliloquio, les contestan secamente: «Pues vete.»

No es mala la razón del diestro, pero es mejor la del público: «Pues vete.» Vete, que otros vendrán. Tú ya ganaste lo suficiente y quieres ganar más en un aumento de progresión geométrica, sin pensar que en progresión geométrica también tienes que hacer los méritos para que te aguantemos. Si el año pasado te vimos por cincuenta pesetas, al verte este año por cien tus méritos han de aumentarse en la misma proporción.

Hay un instinto de tasación. Al adquirir un artículo no se hace tan sólo porque guste, sino porque su precio parece proporcionado o incluso económico. Y hasta ahora habíamos visto toreros de veinte mil duros y nos parecían bien, y hasta baratos. ¡Pero de cuarenta mil!...



LA NOVILLADA DEL DOMINGO en MADRID

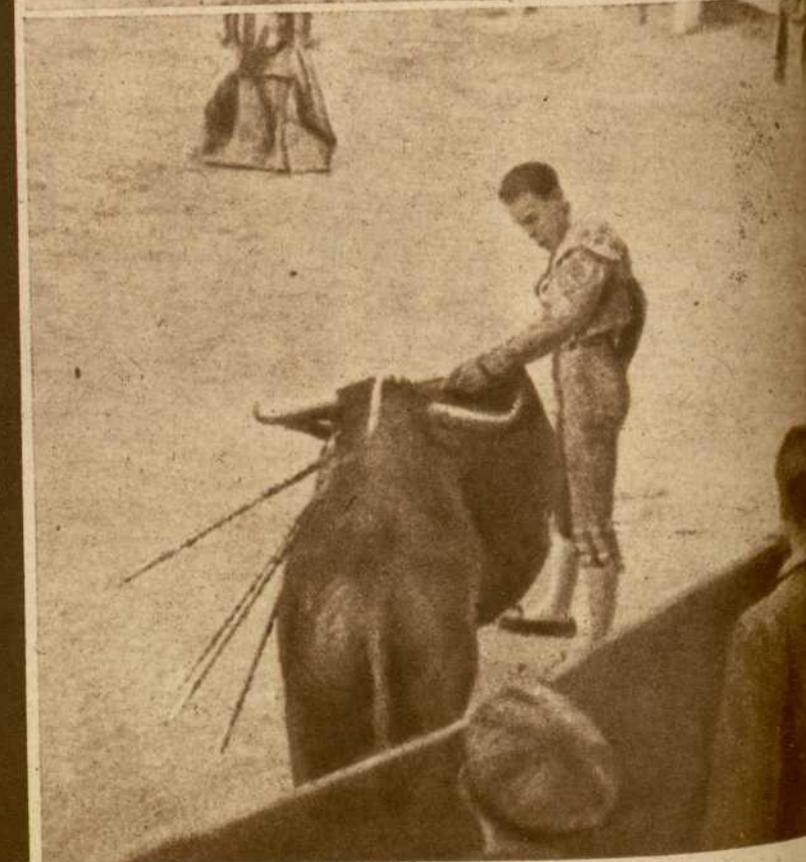
Un derechazo por bajo de Antonio Corona en el novillo de su presentación



Boni, en un natural a su segundo, abre el compás y carga la suerte, corriendo bien la mano



Corona le porfia al de Guardiola, junto a las tablas, con la muleta en la izquierda



NOVILLOS DE GUARDIOLA BONI, ANTONIO CARO Y ANTONIO CORONA



Media verónica del Boni al rematar un quite en el tercio de varas del segundo novillo de Guardiola



Los espadas, en el patio de toreros, en espera de que suene el clarín para hacer el paseo



Una manolete de Antonio Caro, que tuvo una tarde muy lucida en su segunda actuación en Madrid (Fotos Zarco)

LA SEMANA EN LAS VENTAS

EL HUEVO DE COLÓN



La primera nota agradable de la semana taurina en Madrid es que el público ha vuelto a la Plaza. El domingo hubo una entrada bastante cuajada en los gradieros. Para conseguir el resultado que comentamos no ha hecho falta sino rodear a los carteles de unas previas garantías. Van nombres conocidos, se alterna prudentemente la presentación de novedades, y el conjunto comienza a "sonar" al aficionado en cuanto el cartel ve la luz de las esquinas. Los novilleros

que han triunfado y van ganando cartel son la base sobre la que se monta el tinglado. Hay, además, un evidente cuidado en la selección de ganado conocido y de buena presentación. Los precios se han estabilizado en términos que ya se han hecho familiares a los aficionados.

No era tan difícil, como se ve, lograr lo que se ha logrado, por lo menos en las novilladas. Cuajar la Plaza en combinaciones normales y preparar el camino a las extraordinarias. Como todo lo que antecede, representa una franca recuperación sobre los tiempos tenebrosos —tinieblas inciertas de los diestros sin solución, de las ganaderías cuneras y de los catorce carteles pegados en rincones frecuentados sólo por la raza canina—, lo consignamos con la satisfacción de quien ha visto, ¡por fin!, solucionar el problema del huevo de Colón.

La novillada del domingo tuvo un buen resultado, sin grandes estrépitos, pero con suficiencia para que no pesase. Los novillos, de don Salvador Guardiola, discretos de trapío, desigualmente encornados y con tendencia a la abertura —tres de los seis—, cumplieron en varas, y tres de los seis también llegaron francos a la muleta.

Otros dos frenaban la arrancada y echaban arriba la cara. Y el primero de la tarde sacó un nervio atroz, revolviéndose en un palmo, tras del engaño, con mucha bravura, pegajosa e indigesta, para el torero. Caro se llevó el lote parejo en bondad. Corona, un mitad y mitad, y Boni el garbanzo negro del de nervio, más uno de los quedados.

Y con el Boni —cabeza de terna y casi de turco del desagrado de la tarde— vamos a empezar. Boni mostró todas las ventajas y desventajas de la veteranía. Entre las primeras, el quitarse de encima los novillos con soltura y oficio, salvo con el pincho. Y entre las segundas, el avanzar un paso más hacia ese cumplir, sin misiones, de los novilleros veteranos. Ayer no tuvo suerte en el lote, como otras tardes; pero como otras tardes también, tampoco lo superó. Cumplir es poco para un comienzo de carrera.

Antonio Caro se llevó al público de galle, como si lo hubiese convencido de la injusticia con que lo trató en la presentación. Ayer las cañas se volvieron lanzas de simpatía, a la que el diestro correspondió con largueza de novillero en sitio. Dos vueltas al ruedo, petición insistente de oreja y salida en hombros, es el balance de su triunfo, que lo deja en puertas del definitivo. Ayer no lució tanto con la capa, pues los novillos salían derrotando mucho, hasta que las puyas les fijaban la cabeza. Aun así, hizo un par de buenos quites, que se ovacionaron. Con la muleta ligó dos buenas faenas sobre la derecha, muy similares en traza, con buen garbo, y sobresaliendo el ajuste con que tiró del quinto hacia los medios, para empalmarle unas excelentes series en redondo, rematadas con molinetes, giraldillas y manoleteinas con mucha quietud. La misma faena del segundo, que si bien fué coronada con una entera delantera, quedó algo fuera de cacho, en comparación con la que el pinchar por tres veces, antes de la estocada, le privó de la oreja. Es un torero que está en su punto y en racha. Además, tuvo el buen detalle de no forzar una segunda vuelta, después de una primera clamorosa.

Antonio Corona estuvo muy valiente, con gotas de emoción en el tercer novillo. Muleteó con gran valor, sin arredrarse por un revolcón fuerte, y mató entrando despacio, muy sereno. Al que cerró Plaza puso de relieve que aun los brazos no despegan ni mandan lo suficiente. Pero dejó una grata impresión por su valor y por las posibilidades que pueden apoyarse en él. Escuchó aplausos al retirarse —en una salida en hombros que pareció secuestro—, como continuación de los que ganó en la vuelta al ruedo del tercero.

El huevo de Colón comienza a tenerse en equilibrio. Enhorabuena.—EL CACHETERO.

ANTONIO CORONA, el que en las noches de Africa soñó con ser torero y presentarse un día en Madrid, nos dice:

GLORIA Y CALVARIO DEL TOREO

ANTONIO CARO refrendó su presentación consiguiendo las palmas que se le habían regateado la tarde última

"Desde que me dió el toro aquel porrazo tan fuerte, anduve por la Plaza como si estuviera sonámbulo..."

BONI estuvo torero, pero no tuvo suerte con la espada



Manuel Perea, Boni



Antonio Caro



Antonio Corona

NOS interesan, sobre todo, las figuras de los debutantes. Ellos llegan a la Plaza ansiosos de palmas, soñando con el triunfo, gozosos de pisar esa meta que en el toreo es la Plaza de las Ventas.

Luego... el toro sale como quiere y ellos hacen lo que pueden hacer. Desde el momento en que se visten la taleguilla hasta la hora en que los desnuda el mozo de espadas —dos horas y media escasas— ha pasado un siglo. Para algunos, ese siglo significa el haberse colocado ya, el haber terminado para siempre el calvario que traen... Para otros, la hora de desnudarse es la hora triste de irse arrancando una a una, con las prendas recamadas de oro, las ilusiones que se forjaron durante la mañana...

El domingo debutó el melillense Antonio Corona. Valor estoico y algún detalle bueno por el lado derecho con el capote. Con la muleta, rasgos de cosa honda, de los que se valorizan en el mercado taurino.

La Plaza se quedó un poco indecisa con él. Reaccionó con Antonio Caro, al que se le otorgaron las palmas que se le habían negado injustamente el domingo anterior. Y Caro triunfó. No así el Boni, que estuvo gris, aunque prodigó los detalles de la clase que tiene.

Pero ya hemos dicho que lo que nos interesa ahora son los debutantes. Trasladémonos, pues, al tercer piso de la pensión modesta donde se hospeda el melillense.

Sigamos por un camino tan oscuro como la conciencia de un estraperlista e iremos a parar a una

habitación donde difícilmente caben tres camas y un temido aguamanil. Las dos mil quinientas pesetas asignadas en Madrid a los debutantes no dan para muchos lujos... Sobre los lechos, tres hombres sudorosos dan descanso a sus cuerpos. Son el matador y sus dos banderilleros: Ribereño y Barquerito. El primero se halla todavía bajo los efectos de los porrazos inferidos por su primer novillo.

Los subalternos me van contando a retazos la asendereada vida de su maestro. Este, de vez en cuando, sale de su marasmo para rectificarles un dato o una fecha.

La infancia de Antonio Corona transcurre en Melilla. Es todavía un adolescente cuando, arrastrado por la inquietud del momento guerrero, abre a la aventura la carne viva de su corazón y se enrolla en una de las Banderas de la Legión.

Envidiosa la muerte del bravo gesto, le ronda en cien combates, mientras siega los cuerpos de los camaradas más queridos...

Pero, cierto día, Corona da su sangre a la tierra en un suave manar. Ha de retirarse a restañar sus heridas a la amorosa tranquilidad de la retaguardia. Y así llega a Zaragoza, que desde este momento ha de convertirse en su segunda patria chica.

La vida muelle no se ha hecho para Antonio, y una vez reincorporado, a la vida civil se consagra al toreo. Y el nuevo aspirante a fenómeno se lanza a correr Plazas de pueblos y aldeas, sembrando sus ilusiones a merced de todos los vientos y bajo el polvo de todos los caminos, como tonada de juglar andariego.

Va a Barbastro a matar dos vacas, y para volver a Zaragoza tiene que empeñar el reloj y la ropa que llevaba. Interviene en bastantes novilladas sin caballos, y el año 44, en Calanda, corta la primera oreja.

Su primera novillada picada tiene lugar en Zaragoza, el 9 de octubre del mismo año, matando ganado de Fraile con Melchor Soria y Bartolomé

Guinda. Corren malos vientos para los novilleros; las novilladas escasean y esto hace que Corona, sin estar suficientemente placeado, haya precipitado su presentación en Madrid.

—Los porrazos que sufrí —dice— me quitaron el sitio, y va desde entonces anduve por el ruedo como un sonámbulo. Pero en esta vida dura hay que amoldarse a todo...

Sin darnos cuenta se ha hecho de noche, y ponemos término a la visita.

F. MENDO

BLENOCOL
Protege al hombre

BLENOCOL
es un producto registrado;
rechaza todo profiláctico
que no lleve la marca
BLENOCOL



C.S. n.º 7327

Dos clases de novillos y tres clases de brindis

EN la novillada del domingo hubo dos clases de reses y tres clases de brindis. Ya comprendemos que decir esto así es como no decir nada. Pero todo puede —y debe— explicarse. Es que unos novillos salieron de los toriles lentos y recelosos, con paso de buey, hicieron cosas feas, gazapearon, derrotaron, se vencieron, achucharon, puntearon, buscaron la huida. Y los picadores colaboraron, como sucede casi siempre, y salvo alguna rara excepción, en acentuar los defectos del ganado. Los picadores nunca están en su sitio; se colocan donde quieren, recargan cuando no deben hacerlo y no castigan cuando es preciso. Y los peones —salvo Molina, que supo dar lecciones de probador con las dos manos y a punta de capote— abusaron de los mantazos intempestivos e hicieron gala de los defectos inveterados y de las inoportunidades habituales, que en vano intenta corregir el público con sus protestas, y la crítica, con sus advertencias. Pero otros novillos salieron bravos, codiciosos y nada difíciles. Lo que, como siempre, determinó la eterna dualidad, la cara y la cruz del festejo.

En cuanto a los brindis, hay mucho que hablar. Nada importa que el espada no mueva los labios cuando se destoca y pide la venia a la presidencia para realizar la suerte suprema. En el modo de quitarse la montera, en la altura a que la eleva, en el ademán que hace y en el gesto con que se acompaña, en el aire y en el impetu que pone al cumplir este rito, en la manera de arrojar o dejar el negro y rizado cubrecabezas se adivina ya lo que va a hacer o lo que va a dejar de hacer. Ejemplos al canto:

El Boni, con su cara de Buster Keaton, serio y triste, preocupado y desanimado —¿por qué?—, brindó sin ganas, dejó la montera al borde de la barrera, para que la recogiese el mozo de estoques, y acomodó sus faenas o, mejor dicho, su falta de faenas a este desangelado ritmo. «¡Que no se entere el bicho que le estás toreando!», le gritó un viejo maestro, conocedor de veras, desde el 10. Pero el Boni no quería oír, ni siquiera ver. Todo su trabajo se quedó en pelea preparatoria, algo así como la primera parte técnica de unos pases, ésa que antecede a la suerte sabrosa y adornada. Lanceó mal, no se paró con el trapo rojo, no sacó partido a sus novillos, y con el pincho estuvo todavía peor. En suma, se cumplió todo lo que había reflejado en su apatía a la hora de brindar.

Antonio Caro, que se quitó la montera como si se la arrancara, casi con dolor, porque la tenía ceñida y ajustada a la cabeza, braceó después de un modo expresivo y con ella en la mano, y cuando brindó al público en su segundo, que era el quinto de la tarde, parecía ya quererla convertir en escarcela de aplausos. Tenía sed de ovaciones, buscaba la oreja, no se la dieron de casualidad, consiguió una vuelta al ruedo, y si no llega a ser por el rigor —a nuestro entender, justo— de los espectadores de sombra, la vuelta habría sido doble. Así y todo, le sacaron en hombros; apoteosis excesiva, pero apoteosis al fin. Sigue gustándonos con

El lápiz en los toros DE LA NOVILLADA DEL DOMINGO EN MADRID

Por Antonio Casero



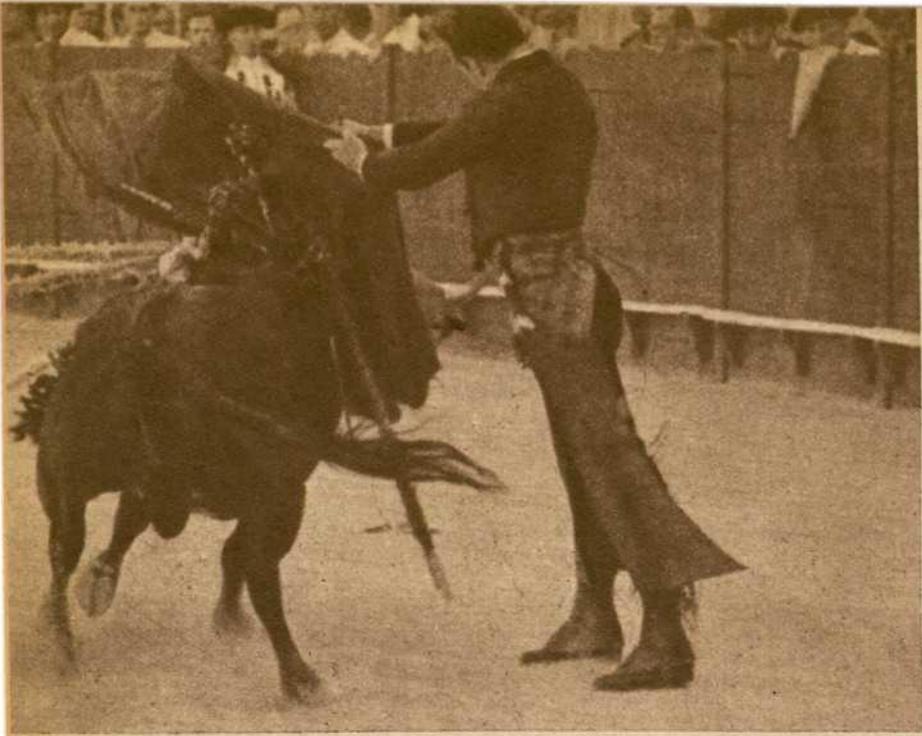
1. Un buen puyazo. — 2. El debutante Corona, en su segundo toro. — 3. Tres momentos de Antonio Caro

la muleta; entró a matar unas veces mal y otras bien, y su excesiva alegría al dar saltos elásticos cuando vió que había agarrado una estocada fulminante delató su sorpresa y, al mismo tiempo, su falta de confianza en el acero. Pero tiene andares y gracia de torero. Como en sus brindis, no cabe duda.

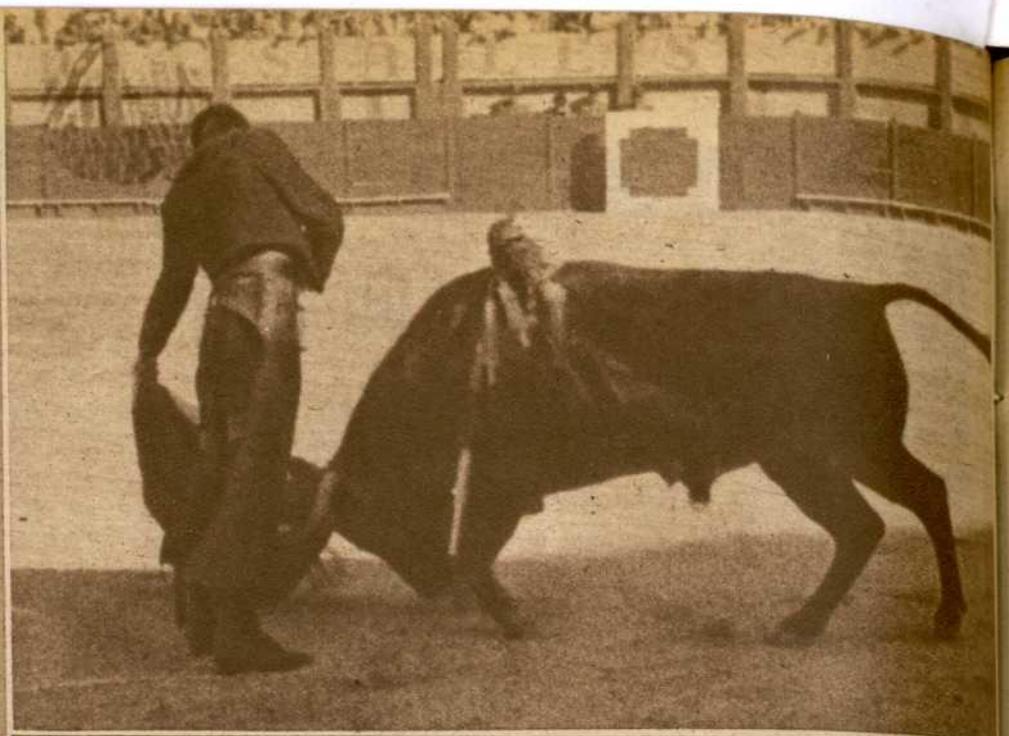
El melillense y debutante Antonio Corona brindó y dejó la montera en el estribo. Nos quedamos estupefactos. Nunca habíamos visto hacer tal cosa. Un servidor de plaza quiso recogerla, y algunos espectadores le gritaron: «¡Déjala, que es suya y puede hacer con ella lo que quiera!» A tono con ese raro brindis, Corona hizo cosas de buen torero y cosas de suicida;

se cogió varias veces, citando por el lado malo, cruzándose, quedándose y metiéndose en el terreno del enemigo. Fué volteado y golpeado varias veces. Nos tuvo y nos mantuvo con el alma en un hilo; entró en la enfermería y salió de ella. El mozo de estoques tuvo que darle agua para beber y luego, con el vaso, una ducha sintética. Corona veía mal. Pero, al mismo tiempo, en la gracia de una verónica, en lo ceñido y rítmico de un pase, mostró, con el valor, originalidad y garbo, algo tan raro como su brindis. Y ya está explicado lo que había que explicar.

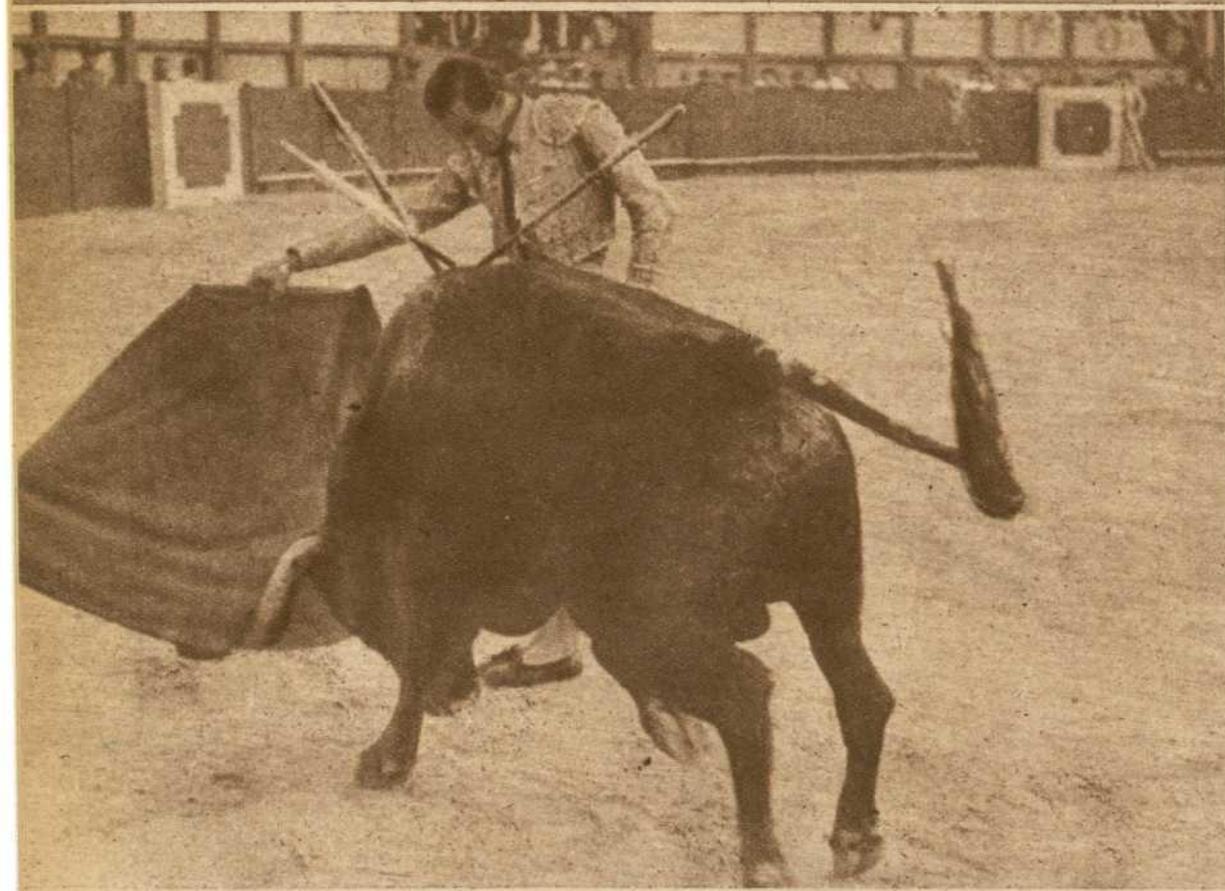
ALFREDO MARQUERIE



Alvaro Domecq, que ya ha superado todas las excelencias del toreo a la jineta, torea a pie, como se ve en la foto



Un gran muletazo con la mano derecha de Alvaro Domecq al toro de Bohórquez

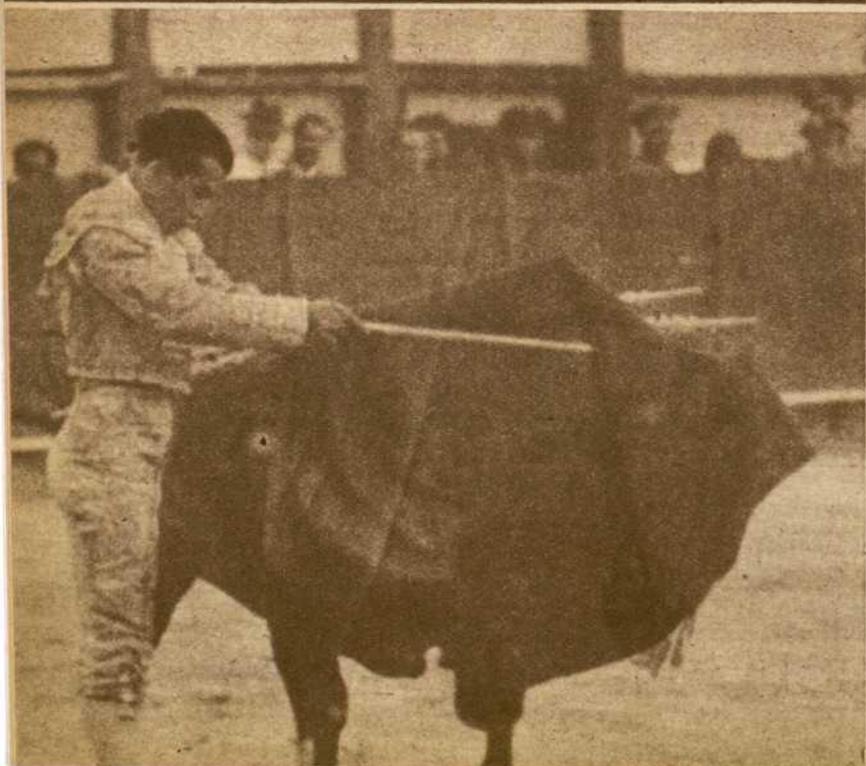


Carlos Arruza inicia un muletazo alto, dándole al toro los terrenos de dentro (Fotos. Marl)

LA TRADICIONAL DE CADIZ

Uno de Bohórquez
y seis de Benítez Cubero
ALVARO DOMECCO,
PEPE BIENVENIDA,
A R R U Z A
Y
MORENITO DE TALAVERA

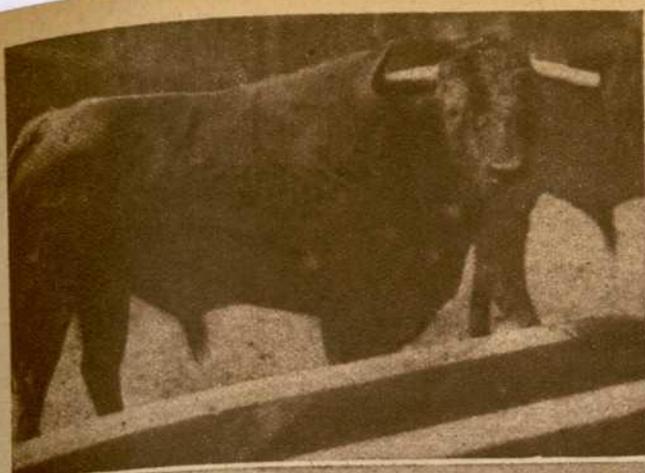
Un gran muletazo de Morenito de Talavera a su primero



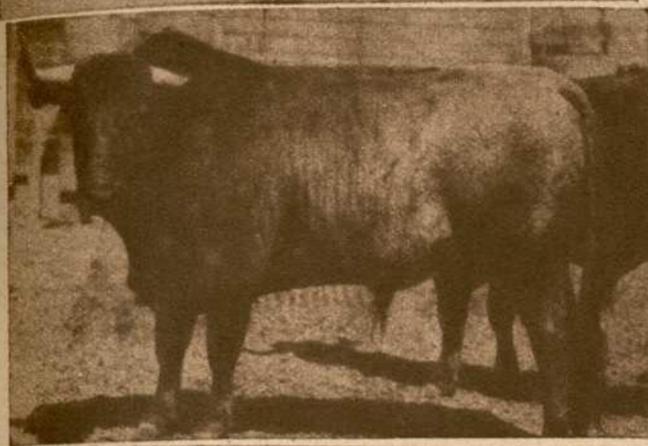
Pepe Bienvenida aguanta al de Benitez Cubero en este par en silla



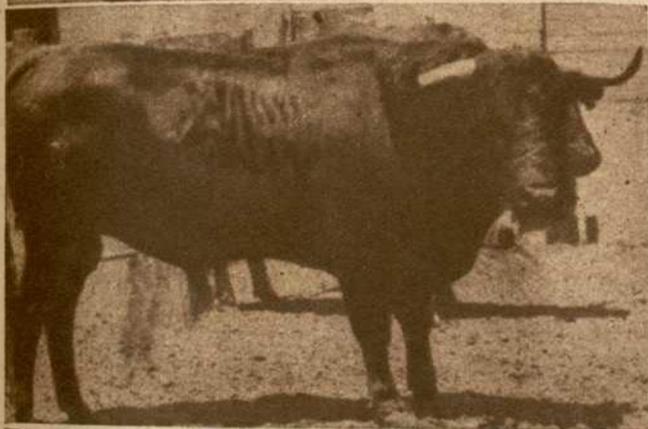
El que fué acreditado ganadero, PACO COQUILLA, nos habla de cómo consiguió crear un toro de tipo uniforme



Magnífico ejemplar de la ganadería de Coquilla, lidiado en la corrida del Montepío de Toreros, hace ya algunos años



Toro de Coquilla



Otro toro de Coquilla, lidiado en la corrida del Montepío



El toro Tramillero, toroado en Madrid el año 25, muerto por Marcial Lalanda

Sobre el palacio salmantino destacan estos ejemplares de la ganadería de don Paco Coquilla



HUBO una época en que los toros de Coquilla eran muy solicitados por las Empresas y los toreros, y don Paco Coquilla gozaba de un gran prestigio como inteligente y escrupuloso ganadero. Su casa de Coquilla estaba siempre abierta para todo el mundo, porque don Paco era el señor, el caballero de Castilla. Cuando un mal día se presentó en Coquilla la adversidad, alguien le insinuó a don Paco cierta fórmula de arreglo que no respondía a la verdad. «Yo no puedo mentir», respondió serenamente el caballero. Y si la hacienda y la vida hubieran de ser endido de aquella mentira, don Paco Coquilla no sabía, ¡no podía mentir!... Esta es la contextura moral del caballero que ahora dialoga conmigo en Salamanca.

• •

—En aquella época —me dice—, cuando yo tenía mi ganadería, hubiera sido interesante; pero hoy, desgraciadamente...

—Hoy, como ayer, representa usted la honradez y la caballerosidad, y como ganadero tiene usted una historia y ha figurado preponderadamente.

Y le pregunto al prestigioso ex ganadero: —¿Heredó usted la ganadería de sus padres?

—Pero la vendí más tarde y compré el año 17 cien vacas de desecho procedentes de Albaserrada y Santa Coloma, y trabajando con gran entusiasmo conseguí un toro de tipo uniforme que, creado por mí, respondió a mis mayores esperanzas. Un tipo de toro que, sin ser grande, llegaba a los 280 ó 300 kilos, con las cabezas bien hechas y tan iguales que apenas se distinguían unos de otros.

—En aquella época su ganadería gozaba de gran fama y se lidiaban mucho sus toros.

—Hubo temporada en que sólo Marcial Lalanda toreó unas catorce corridas de mi ganadería; unos cien toros. Y hubo un año que en todas las corridas cortó orejas. El año 26, en la corrida del Montepío de Toreros de Madrid, actuando como espadas Marcial, Valencia II, Antonio Márquez y el Niño de la Palma, se lidió una corrida mía de ocho toros que me dió gran fama. Durante cinco años seguidos he enviado corridas para el Montepío. En el Sanatorio hay una lápida de azulejos que lleva mi nombre, como prueba de gratitud. Siempre tenía yo una corrida a disposición de los toreros, que disponían de ella a su antojo y marcaban ellos mismos el precio. Tengo también gran motivo de agradecimiento de todos los toreros.

—Alguno de los que fueron más tarde célebres, tal vez empezaría a torear en su finca.

—Recuerdo perfectamente a Granero cuando llegó a Salamanca con su visera a cuadros y nadie le hacía caso; a mí me pareció un muchacho muy educado y me lo llevé a la finca, llegando a ser considerado luego como de la familia. Por mi casa han desfilado todos los toreros de esa época, incluyendo también a los mejicanos. Todos... A Joselito no alcancé yo a conocerle. En cambio, Belmonte toreó la primera corrida de mi ganadería en Salamanca el año 21, en la que torearon también Sánchez Mejías y Granero. Recuerdo también a Gitanillo de Triana, Curro Puya, pues a éste de ahora, a Rafael Vega, no lo he conocido... Lo pasábamos muy bien. De día se toreaba, se cazaba, y por la noche, para distraernos, cada uno lucía sus habilidades. Como yo tenía prohibido que se jugara dinero, aprovechaban el momento en que yo me iba a la cama y se quedaban jugando, ¡quién sabe hasta qué hora! Lo cierto es que como no había calefacción eléctrica, había noches en que se consumía una encina entera, pues había que preparar también braseros para todas las habitaciones.

—Alguna vez también acostumbraban a gastar bromas, ¿no es cierto?

—La broma de los gamusinos.

—¿En qué consistía?

—Al incauto a quien se le va a aplicar la broma se le hace creer que se va a cazar gamusinos y que éste es un animal

que posee una piel muy bonita y de gran valor; cuando más confiado está esperando la presa, se le suelta un manso o un novillo y el susto que se lleva se lo puede usted figurar.

—¿Y qué otras personas iban a la finca, además de los relacionados con la fiesta?

—Un día se presentó Fleta; y estuvo cantando después de haber toreado también. Aquella vez se reunieron en la finca cerca de 200 coches.

—¿Y gente del Extranjero?

—Venían algunos franceses, empresarios y aficionados, pues yo mandaba a Francia todos los años dos o tres corridas.

—¿Cuándo cree usted que ha habido más afición a los toros?

—Afición, lo que se llama afición, creo que cuando más ha existido ha sido desde la época de Joselito y Belmonte, hasta el año 36, que ha sido la época de Oro del toreo. Ahora van muchos a la Plaza porque tienen dinero, y van como irían a otro sitio.

—En aquella época, ¿qué otros ganaderos estaban en boga?

—Muy en boga: Santa Coloma, Parladé; empezaba con buen éxito el conde de la Corte; Murube, Miura, Pablo Romero, Saltillo... Aquí en Salamanca los hermanos Pérez Tabernero: Graciliano, Antonio, Alipio, Argimiro, que éramos los que íbamos al abono de Madrid y a todas las extraordinarias. Ibarra era ya de Parladé.

—¿Y de los toros de entonces?

—Me gustaba más que el de ahora aquel tipo seleccionado de toro de 280 a 300 kilos. El ganadero, entonces, lo era por afición, no por mercantilismo, como el de ahora; por eso, como no era negocio, tenía más escrúpulo en el desecho y era más consciente de su responsabilidad y se llevaba el reglamento a rajatabla, y no se daba el caso que se desechara ningún toro.

—Pero también había multas.

—Existía la multa, pero se daba muy pocas veces el caso de que ésta tuviera que aplicarse. Hoy el toro parece más bien un juguete que el público acepta; pero si no tratan de arreglar esto acaban con la fiesta, pues el verdadero aficionado empieza a quedarse en el café para no tener que pasar berrinches.

—¿Y en usted ¿perdura la afición?

—La misma afición, corregida y aumentada, y si me fuera posible volvería en seguida al palenque. También por Pilarín, mi hija, que no puede vivir sin el campo: acaba de venir estos días y ya está preparando los cartuchos para irse de caza.

—¿Cuánto cobraba usted por una corrida, don Paco?

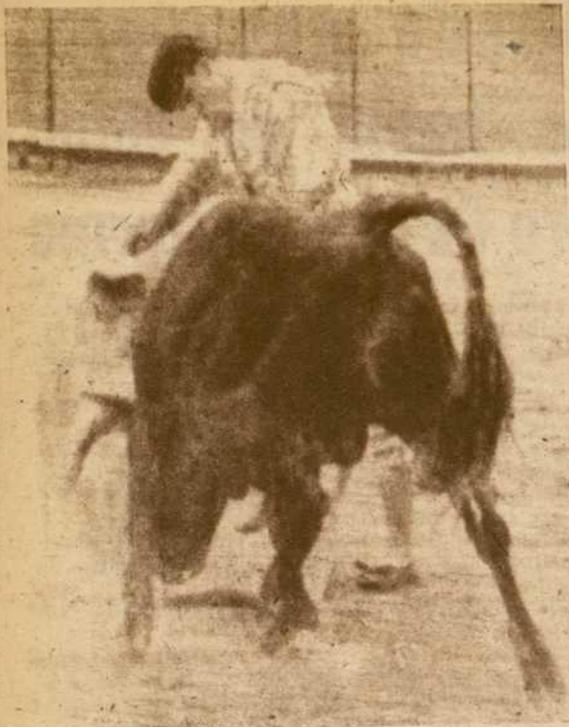
—Una corrida de seis toros, para Plazas de primera, 18.000 pesetas, y más arreglada, de 12 a 15.000 en Plazas de segundo orden.

—¿Qué opina usted de la suerte de varas?

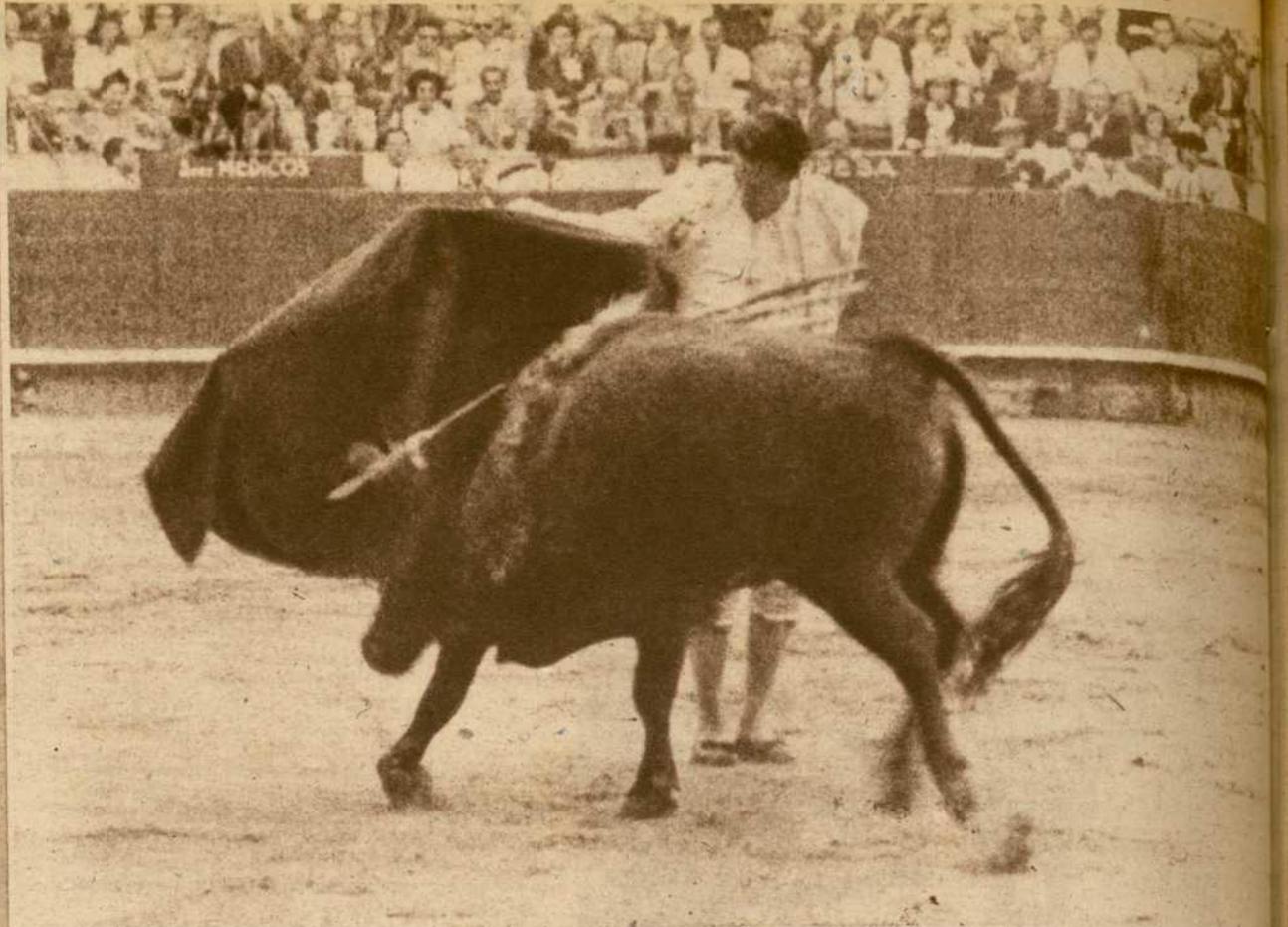
—La suerte de varas, aunque parezca un poco bárbara, está bien hecha para ver si el toro es bravo y para que acuda a la muleta, pero con toros que se puedan picar, ya que ahora es un crimen, pues el ochenta por ciento de los toros de hoy son más propios para novilladas sin picadores.



Don Paco Coquilla con el mayoral y un amigo



Estrada toreando por verónicas



Cabré muletea por manoletinas a su segundo toro, del que cortó la oreja

CARTEL DE BARCELONA

SEIS TOROS DE

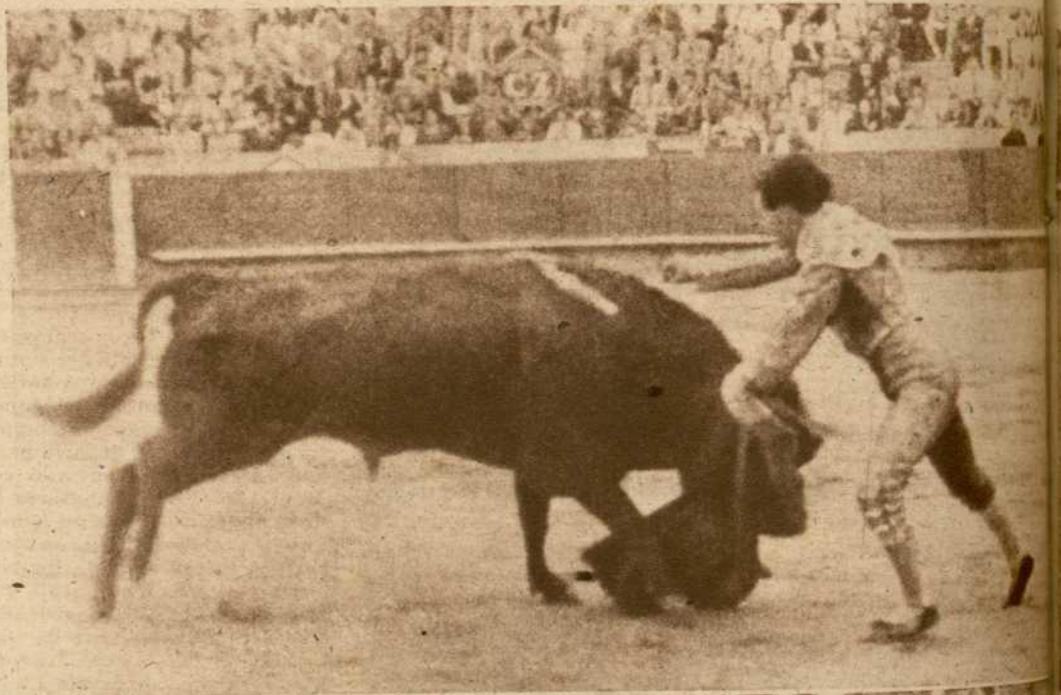
MURIEL

Y DOS DE

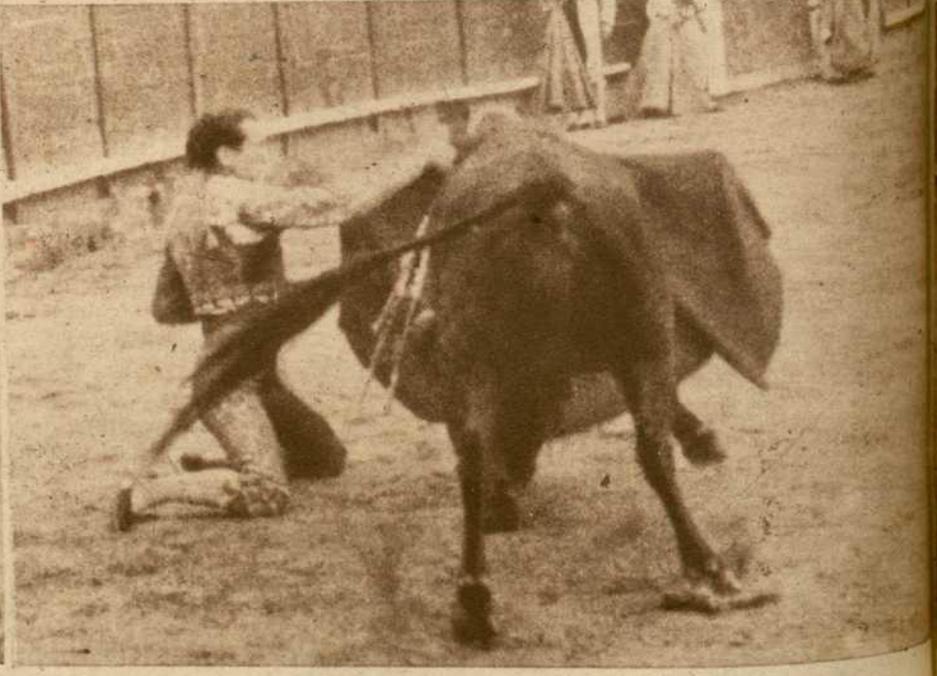
LEOPOLDO

CLAIRAC

Rafael Llorente entra a matar con buen estilo y decisión al tercero de la tarde, en el que este matador cortó la oreja después de una buena faena



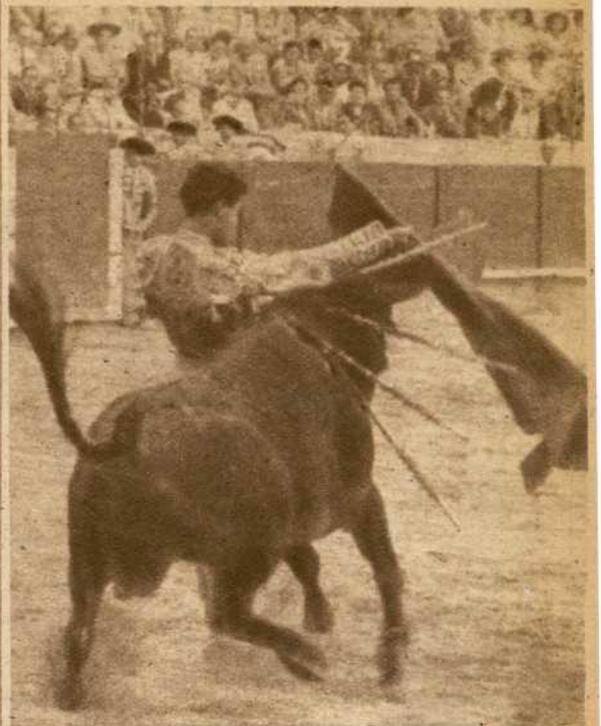
Así se apretó Luis Mata en este molinete de rodillas



Otro muletazo de rodillas de Luis Mata



Una verónica de Mario Cabré durante el tercio de quites del octavo toro

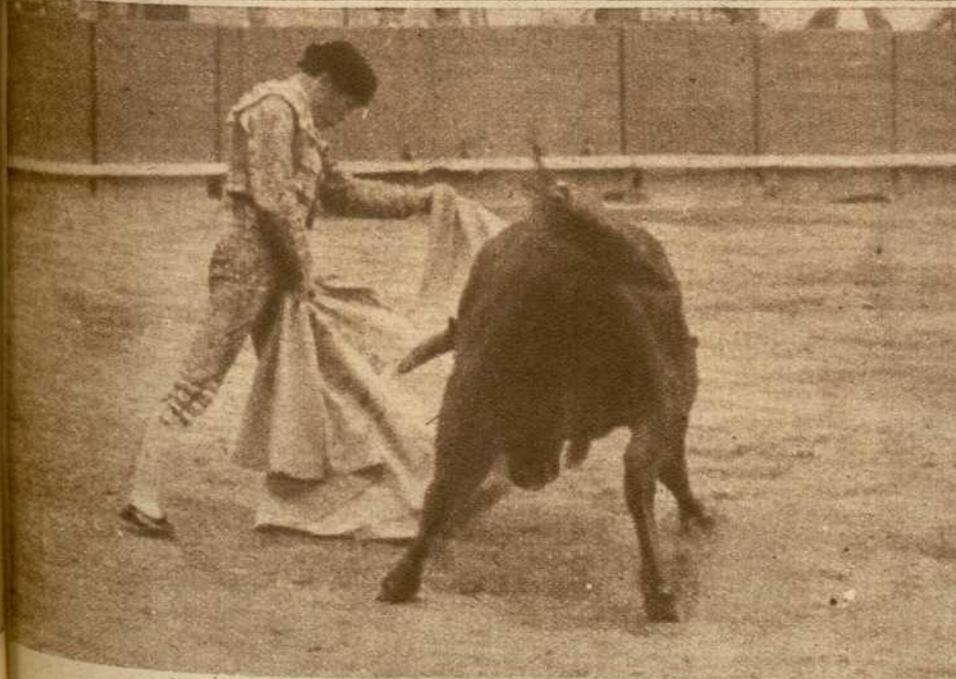


Un pase de pecho con la derecha de Estrada

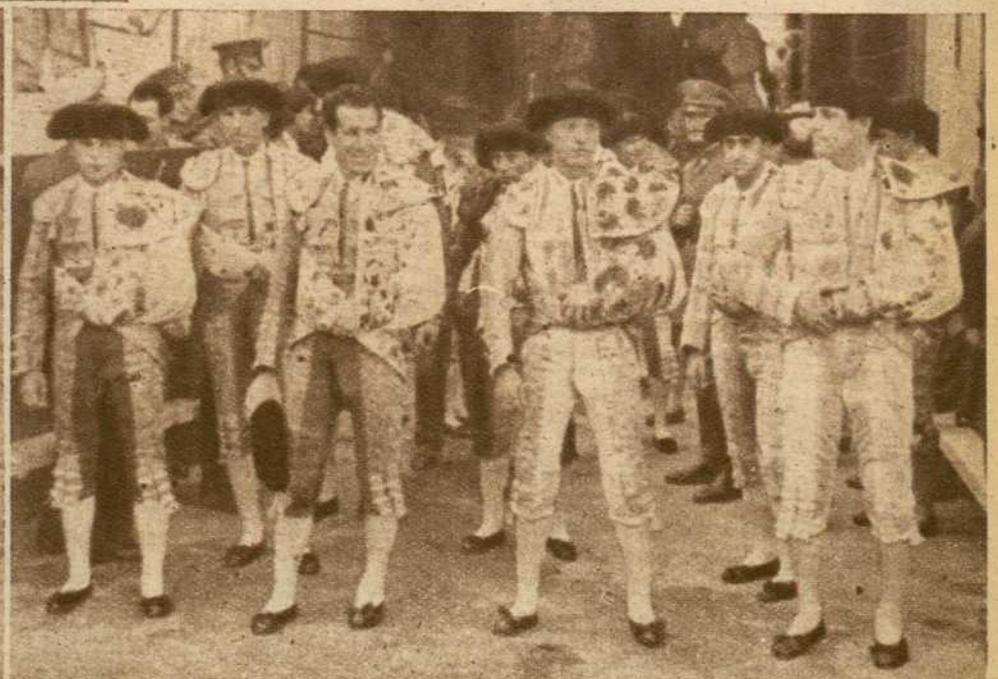


Y el resultado fué, como se aprecia en la foto, una estocada en su sitio que tumbó a la rez sin necesidad de puntilla. Después fué la vuelta al ruedo y los saludos desde el tercio

**MARIO CABRE,
ESTRADA,
LLORENTE
Y
LUIS MATA**



Un quite por verónicas de Lorente (Fotos Valis)



Momentos antes de hacer el paseillo, los espadas posan ante nuestro fotógrafo

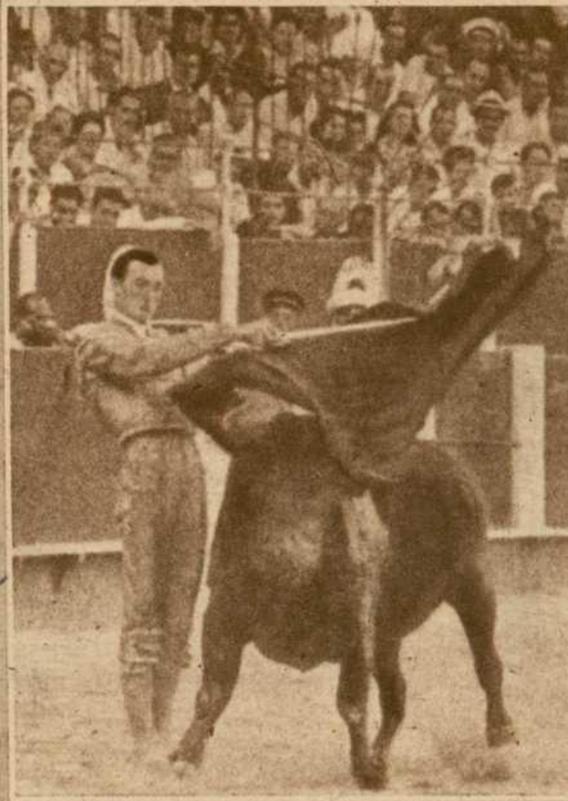
Caras conocidas en el tendido



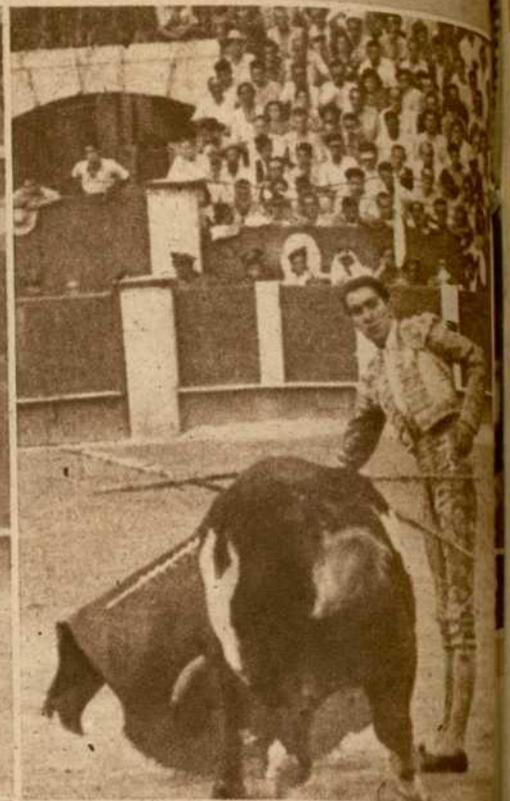
Las corridas de agosto en Málaga tienen una gran tradición y un especial empaque. Ningún malagueño, nativo o de adopción, deja de presenciarlas anualmente, como no deja de dar una vuelta por el ensueño de la feria de Martiricos. En las fotos, de arriba abajo, el vicesecretario general Rodrigo Vivar Téllez, acompañado del gobernador civil.—El presidente de la Diputación, Baltasar Peña, recaba de Parrita y Arruza firmas para las señoritas malagueñas.—Los familiares del gobernador civil presencian las incidencias de la lidia.—Una barrera acapada por distinguidas familias de la colonia inglesa de Gibraltar, que veranea en Málaga (Fotos Molina)



LA FERIA



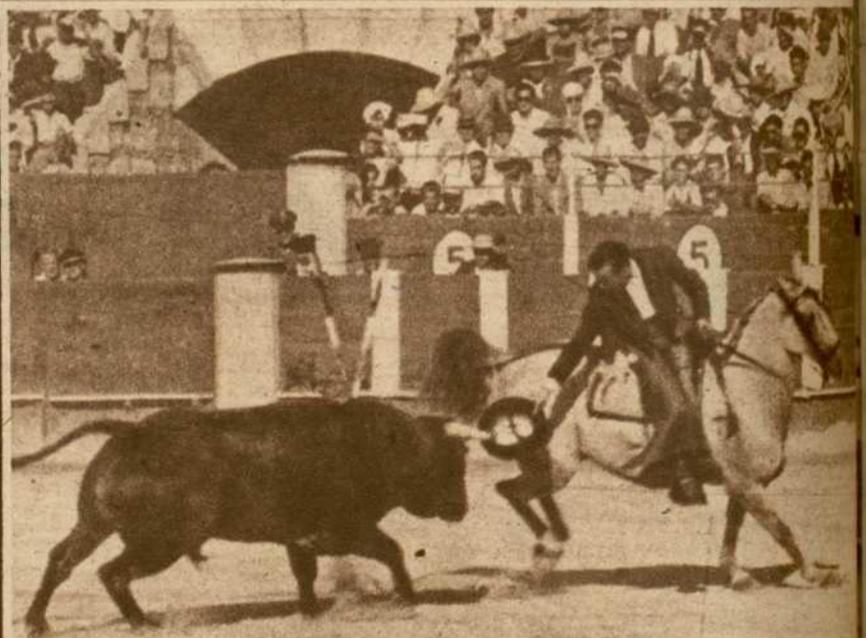
Rovira inicia su faena con un estatuario



Parrita torea con la derecha y mira al tendido

PRIMERA CORRIDA: RESES DE VILLAMARTÍN, ARRUZA, PARRITA Y ROVIRA

Domecq juguetea con el toro, después de banderillearlo. Después, el triunfo del gran rejoneador había de ser completo al echar pie a tierra



Un buen muletazo del mejicano Cañitas al toro de Pablo Romero que falló en segundo lugar



MALAGUENA

Gestos y autógrafos



Un natural de Arruza, al primero de Villamarta

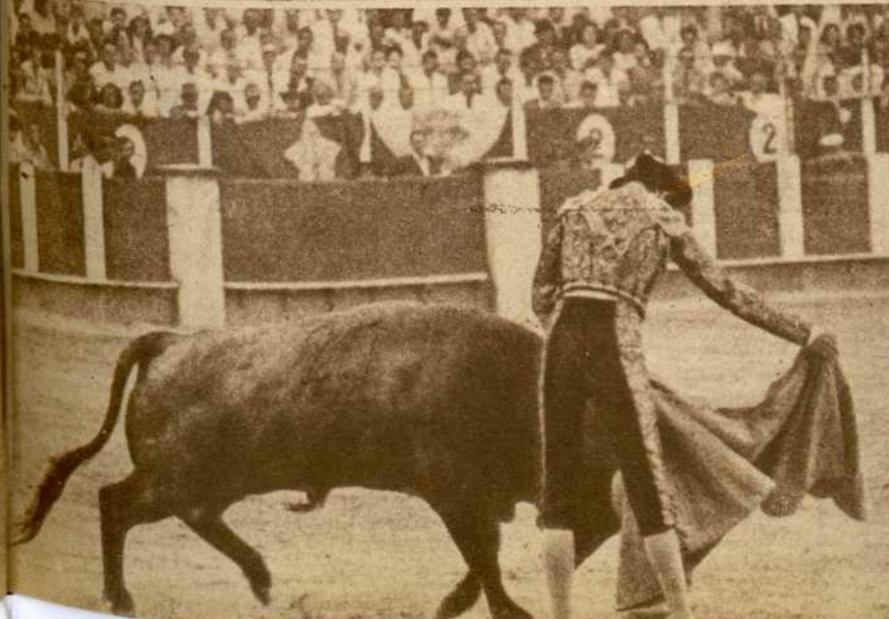


Un pase afarelado de Rovira al de Pablo Romero (Fots. Mari).

SEGUNDA CORRIDA: TOROS DE PABLO ROMERO DOMEcq, CANITAS, PARRITA Y ROVIRA



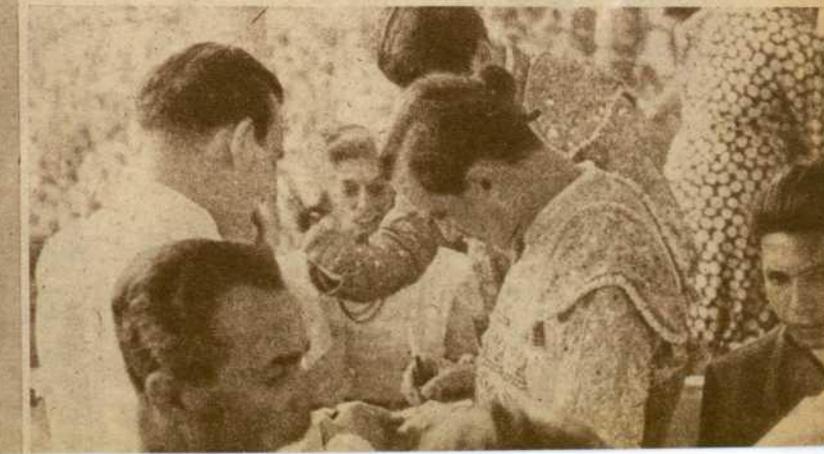
Así murió, calado por las agujas, el toro de Bohórquez, que lidió Domecq en la segunda tarde de las corridas de la feria de Málaga



Parrita torea templado a su primer toro en la última corrida celebrada en Málaga con motivo de la feria



El fotógrafo no sólo ha recogido en su máquina los rostros conocidos de Málaga que han asistido a las corridas, sino que ha logrado captar la impresión que en algunos causaban las faenas de los lidiadores. En éstas que reproducimos se aprecian, de arriba abajo, los gestos que reflejan Ignacio Muñoz Rojas, ex subsecretario de Industria y Comercio, al que acompaña su bella y distinguida esposa, Alvaro Domecq, espectador de la primera corrida. — Una expedición de familias de Gibraltar, tan apasionadas de nuestra fiesta como los propios españoles. — Y la manía de los autógrafos, que hicieron a Parrita, Arruza y Rovira agotar la tinta de cien estilográficas... (Fotos Molina)





En Madrid, el 17 de mayo de 1911, Machaquito dando el famoso pase de rodillas al toro Zapatero, de Miura

(CONTINUACIÓN)

SUPO Machaquito de aquel ambiente desfavorable para él; efectuando el pase, se hizo mojar las zapatillas, y al terminar la función no se hablaba más que de su enorme triunfo. Bien estuvieron los otros tres —fué una corrida superior—, pero la nota vibrante y aguda la dió Machaquito al estoquear a sus dos enemigos de un modo asombroso.

La alegría de aquel triunfo sonámbulo se la acibaró el día 24 un toro de Benjumea, en Madrid, al darle una cornada en el muslo izquierdo, de la que tardó dos meses en curar.

Y al terminar dicha temporada de 1908, surgió el llamado «Pleito de los Miuras», en el que tan importante papel desempeñó Machaquito.

Mas esto será objeto de nuestra atención en el capítulo siguiente.

VI

El «Pleito de los Miuras» —como se dió en llamar a aquel erojoso asunto—, encerró a Bombita y Machaquito en un terreno anuloso francamente incómodo y desfavorable.

La ganadería de Miura iba adquiriendo un crecimiento ininterrumpido a causa de la triste fama obtenida por las desgracias que sus toros venían ocasionando; su dueño, lejos de seleccionar sus productos, parece ser que solamente estaba atento a servir cuantas demandas se le hacían, las cuales iban aumentando ante el morboso afán de los públicos para ver lidiar reses de la temible divisa; conforme las ventas crecían, aumentaba también el porcentaje de toros mansos y difíciles, y llegaron las cosas a un extremo tal, que los toreros clamaron contra una preponderancia que iba resultando para ellos muy espionosa.

Antes de exteriorizar su disgusto, habían intentado Antonio Montes, Bombita y Machaquito adoptar alguna determinación, y enton-

ces la «Unión de Criadores de Toros de lidia» hizo estampar en sus contratos una cláusula por la que se negaban toros a los empresarios que tolerasen que un diestro se opusiera a lidiar reses de determinada ganadería.

La mencionada «Unión» se había convertido en una entidad sustantiva dotada de un mecanismo que se movía con la exactitud y precisión de un cronómetro; un mismo impulso, una misma voluntad —Veragua y Miura de consuno—, regía los concertados movimientos de la máquina, y merced a la referida cláusula resurgieron algunas ganaderías que estaban desacreditadas.

Cada día eran mayores el descontento de los toreros y la animadversión de los mismos a los toros de Miura, y al final de la temporada de 1908 dirigieron los matadores una circular a las Empresas, en la que se pedía doble precio por lidiar las reses de la famosa vacada.

El efecto que produjo esta determinación fué desastroso para los lidiadores, pues interpretada en un sentido peyorativo, todos la atribuyeron al miedo que dicha divisa les inspiraba, y los ataques se dirigieron exclusivamente contra Bombita y Machaquito, a los que todos designaban como farautes de la cuestión.

¿Tenían razón éstos para obrar de aquella manera? Claro que sí. En lo que hicieron mal fué en dar publicidad al acuerdo. El ambiente de hostilidad que les envolvió hizo que perdieran el pleito, y al abrigo de la impopularidad que a Bombita y Machaquito deparó tal enredo, el empresario de Madrid, don Indalecio Mosquera, halló las circunstancias más favorables para acabar con una imposición que hasta entonces venían manteniendo las primeras figuras, o sea la de las sustituciones, consistente en que, cuando uno de los jerifaltes coletudos no podía torear una corrida contratada, cobraba los honorarios de la misma y se arrogaba el derecho de designar el sustituto, abuso intolerable contra el cual se quejaban a voces Empresas y públicos con harta razón.

Mucho favoreció al señor Mosquera el logro de sus propósitos el resurgimiento de Vicente Pastor y Rafael el Gallo, así como la aparición de Rodolfo Gaona, y como Bombita y Machaquito no quisieron renunciar a la facultad mencionada, dejaron de torear en Madrid, en cuyo cartel de abono habían figurado desde que tomaron la alternativa.

Por la mitad se le quebró a Machaquito dicha temporada de 1909, pues el 4 de julio, en Palma de Mallorca, sufrió la cogida que más le perjudicó de cuantas hasta entonces recibiera. Al pasar Gaona de mula al cuarto toro, llamado Gurripato, de Sallillo, resultó lastimado, y al hacerse cargo Machaquito de los trastos, dar el primer pase y ser enganchado por el muslo izquierdo, fué todo uno y lo mismo. Recibió una cornada de la que tardó cerca de tres meses en curar, y sin el acierto que tuvo al trasladarse a Barcelona para que le viese el doctor Raventós —al ver que en Palma no mejoraba—, probablemente hubiera perdido la pierna.

Algo providencial hubo en aquella determinación, pues de no salir de Palma en la fecha que lo hizo, hubiera sido imposible que lo efectuara durante varios



días después, por haber quedado interrumpido el pasaje entre Barcelona y las Baleares a causa de los sucesos registrados en la Ciudad Condal durante la llamada «semana trágica».

Los toros iban cobrando con usura el respeto que en los primeros

años le guardaran, y las cornadas de Tomelloso, Baeza, Bilbao, Madrid y Palma de Mallorca —las cinco menos de dos años— eran redóndamente duros para satisfacer sus sin merma de sus facultades.

Total, que en 1909 solamente pudo despachar veintinueve corridas, y

como hubo muchos que creyeron terminada su bravura, no faltaron los que se frotaran las manos de gusto. Ni que fuera una irremediable y lastimosa ruina.

Pero Machaquito tenía una vergüenza profesional siempre sostenida y vigilante. Al resurgir Vicente Pastor, fué designado pronto como una tendencia contra Rafael González, y en la ausencia de éste de la Plaza de Madrid, fué adquiriendo aquél mayor relieve, pues consiguió agrupar en torno suyo a un gran partido, en el que, como es consiguiente, ingresaron los adversarios del cordobés.

Y empezada la temporada de 1910, dejó de hacer causa común con Bombita, sintió el espolazo de su inquietud y su amor propio, renunció a aquella excrecencia abusiva de las sustituciones, que tanto daño hacía a sus mantenedores, y se contrató con el señor Mosquera. La primera corrida de su ajuste en Madrid la toró el 29 de mayo, después de actuar con brillante éxito el día 22 en la de Beneficencia, y al reaparecer en el abono mantuvo gallardamente su ejecutoria de gran estoqueador.

Dócil a esta clasificación, en dicho curso taurino de 1910 hizo bueno el juicio que de él formulara Rafael el Gallo. ¿No conocéis la anécdota?

—¿Qué concepto le merece a usted Machaquito?— preguntó en una ocasión cierto aficionado indiscreto al famoso calvo.

Quedó éste un momento pensativo, y luego

contestó:

—No sé si sabré explicarme, pero creo que sí. Fíjese que sube usted a un tren; para que de cada estación salgan los trenes a su hora, necesita usted relojes; pero no los tiene usted. Bueno, pues lleve usted a Machaquito, porque éste es un hombre que en todas partes da la hora.

Su pundonor estaba siempre alerta.

¿Recuerda el lector el caso aquél de Barcelona en el año 1908?

Pues allá va otro análogo:

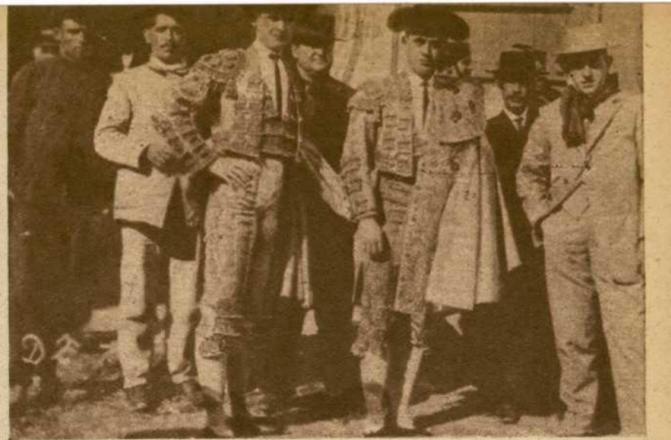
El día 14 de agosto de 1910 fué domingo, y como el 15 es siempre fiesta, qué aficionado residente en Bilbao era capaz de desaprovechar aquellos dos días de asueto y dejar de ir a San Sebastián, para presenciárselas dos grandes corridas coincidentes con tales fechas?

Bombita, Machaquito y Rafael el Gallo iban a torear las dos tardes: en la primera habrían de entenderse con seis bichos de Santa Coloma, y en la segunda con otros seis de Pablo Romero. ¡Vaya un par de carteles!

Chiribitas nos hacían los ojos contemplando los que de tales corridas se fijaron en Bilbao, y a fin de no quedarnos sin billetes, tomamos el tren en la estación de Achuri el día 13 por la tarde y nos plantamos en la bella Easo.

Las enconadas disputas entre bombistas y gallistas se hallaban entonces en su más encendido arrebato; nuestra ingenuidad nos permitía suponer que el pleito del gallismo frente al bombismo quedaría ventilado en aquellas dos corridas donostiaras; de nuestra buena fe participaban numerosos aficionados de todas partes, pues sabido es que la masa de

«taurinos» en San Sebastián durante la «semana grande» no puede ser más heterogé-



Machaquito, con Bombita, en la época en que ambos se unieron contra la Empresa de Madrid

nea; los nombres de las dos cabezas de las disputas estaban en boca de todos, unos para afirmar que Ricardo saldría desinflado y otros asegurando que el de las plumas quedaría sin cresta; Bombita y Gallito, en fin, dominaban en todas las conversaciones; en la Plaza hubo dos llenos a reventar, y en aquella expectación que a todos nos mantenía anhelantes, nadie, absolutamente nadie, se ocupaba de Machaquito.

Aun se nos enciende la sangre, ¡después de tantos años!, al recordar el resultado de tal ansiedad.

Porque fué el caso que el día 14 no hicieron nada de particular ni Ricardo Torres ni Rafael Gómez, y en cambio Machaquito se portó como un héroe, metiendo a sus dos toros sendas estocadas desparpantantes.

En vista de aquello, todo el interés se reconcentró en la segunda corrida, en la del día 15. ¡Qué seis toros los de Pablo Romero! Entonces fué cuando la calentura subió hasta reventar el tubito de mercurio.

Y todo para que Bombita y el Gallo quedaran peor que el día anterior y Machaquito les diera un nuevo baño de asiento con otras dos estocadas tremendas, o sea que el diestro ajeno a las discusiones fué quien puso el cascabel al gato e hizo que bombistas y gallistas quedáramos en ridículo.

En su lucidísima campaña del repetido año 1910 tomó parte en sesenta y dos corridas, y no sufrió más percances que uno en Bilbao, el 22 de agosto, consistente en salir derribado al matar a un toro de Murube y clavarse en la pierna izquierda una banderilla que había en el ruedo.

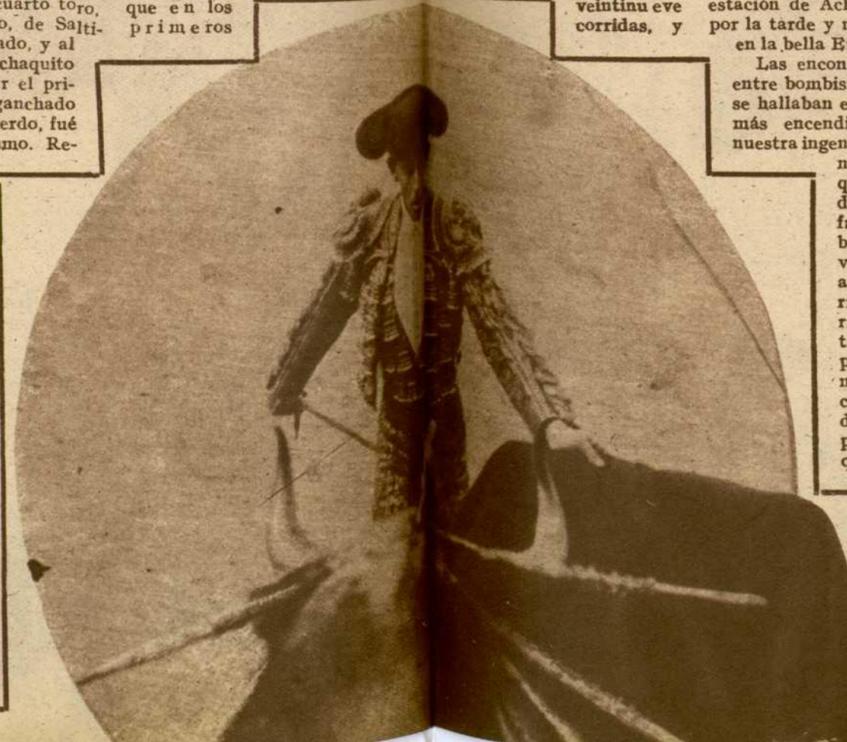
A dicha temporada corresponde uno de los sucesos más notables de la historia taurómaca de Rafael.

Pero esto lo dejaremos para el próximo número, ya que hoy hemos consumido el lugar que nos corresponde.

(Continuará).

MACHAQUITO

Feria de 1909: Machaquito se dirige a la Plaza de Valencia en un «espléndido» auto de la época

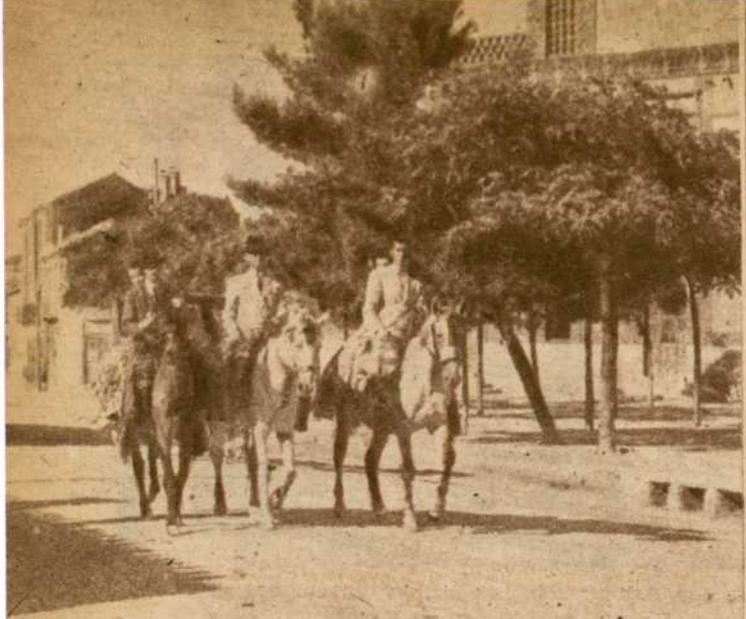


El último matador del siglo XIX

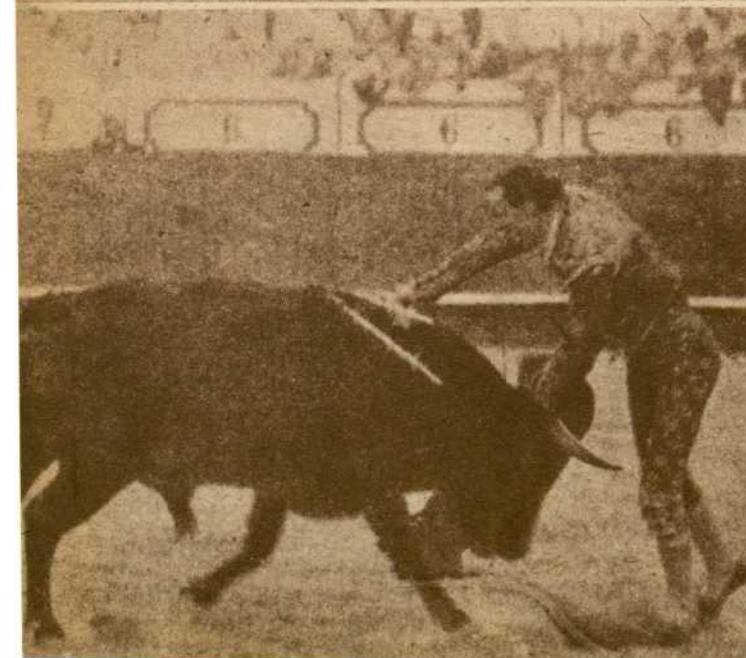
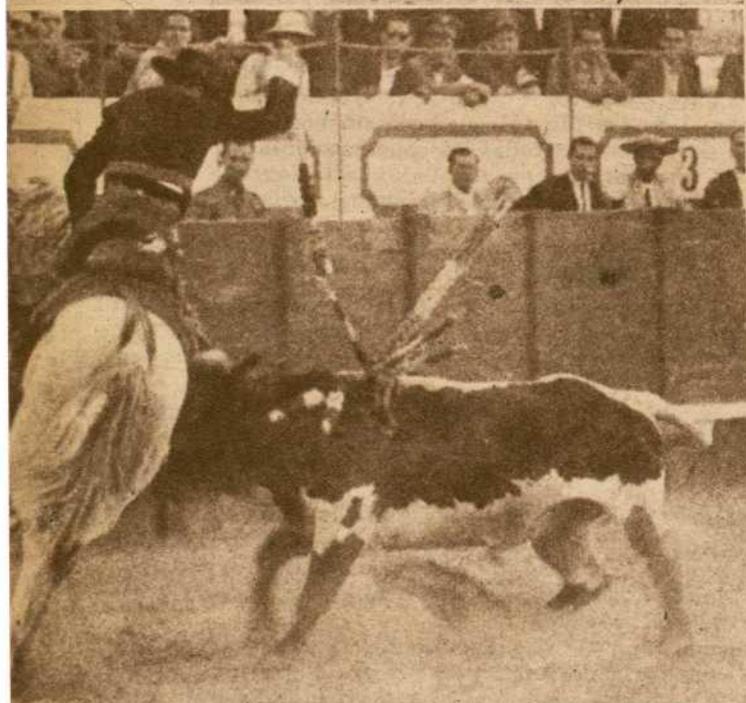
Por DON VENTURA

Otra foto de 1909: Un día de jira en la ganadería de su amigo el señor Peláez





A la izquierda: En Manzanares es típico esto de ir a la Plaza a caballo y con la novia a la grupa. — A la derecha: Pepe Anastasio conversa con Luis Miguel antes de hacer el pasello. — Abajo, a la izquierda: El rejoneador sevillano clava un buen par. Abajo, a la derecha: Parrita y Luis Miguel en un descanso

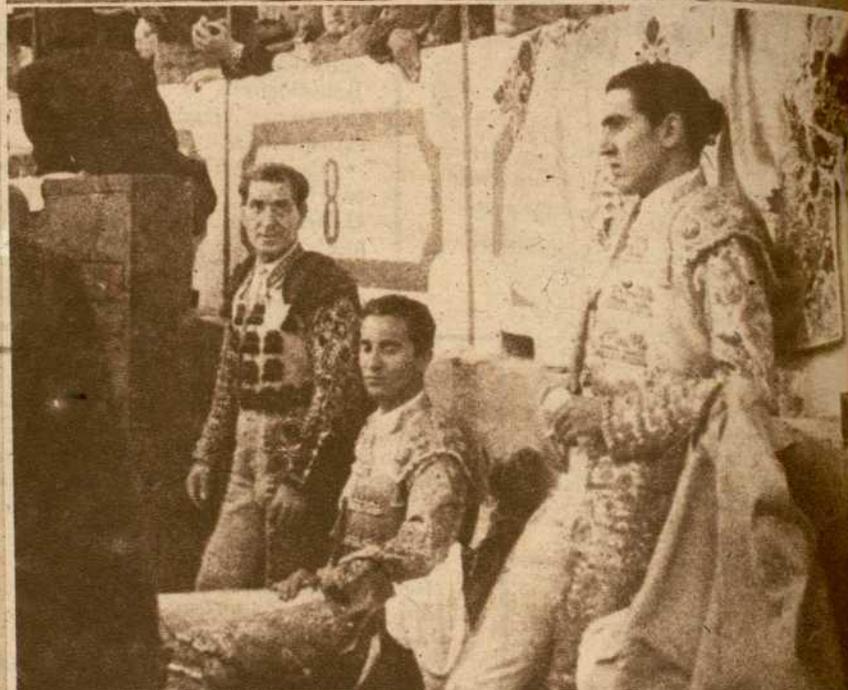


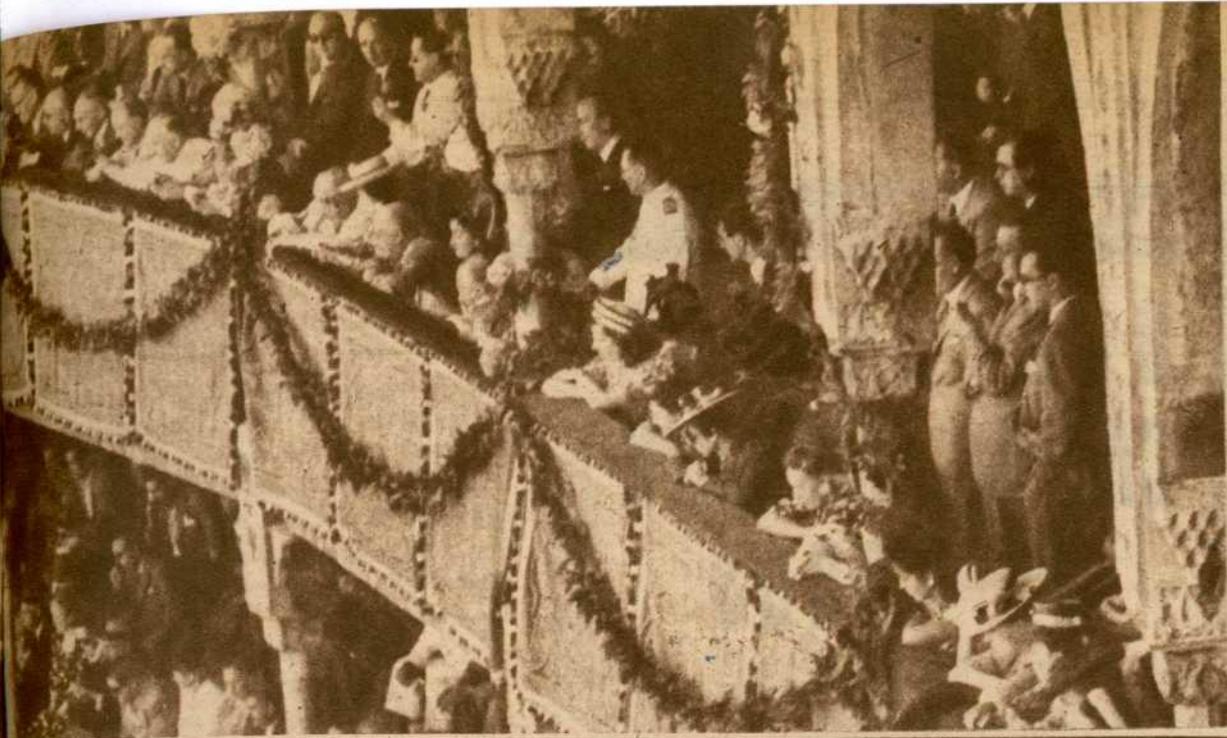
CARTEL DE MANZANARES

SIETE DE SAMUEL HERMANOS para Pepe Anastasio, Parrita y Luis Miguel Dominguín

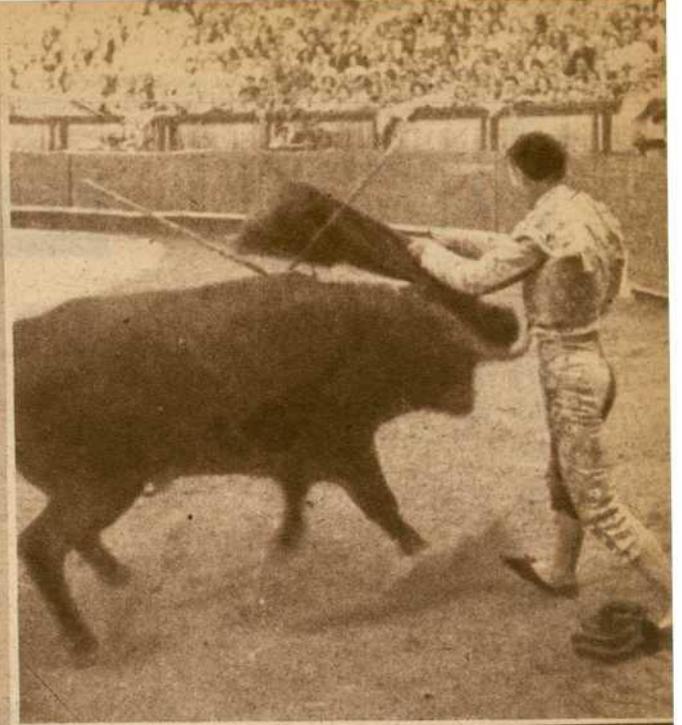
Arriba, a la izquierda: Un pase de pecho con la izquierda de Luis Miguel. — Arriba, a la derecha: Un muletazo de Parrita con la mano derecha. — A la izquierda: Rovira en el estoconazo que propinó a su primero. — A la derecha: En el patio de toreros, Rovira posa para EL RUEDO, con su cuadrilla y su apoderado, don Carlos Cuadrado

(Fotos. Mari)





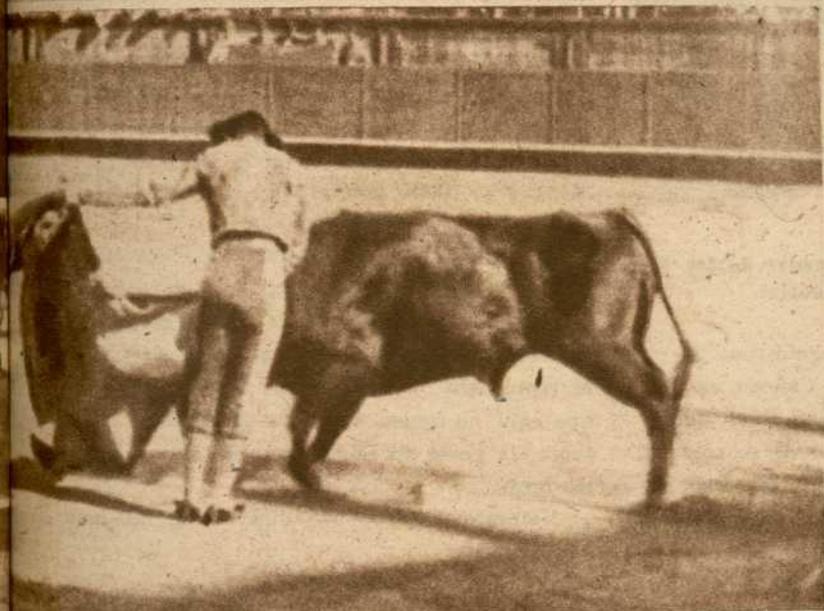
S. E. el Jefe del Estado presencia la corrida desde el palco



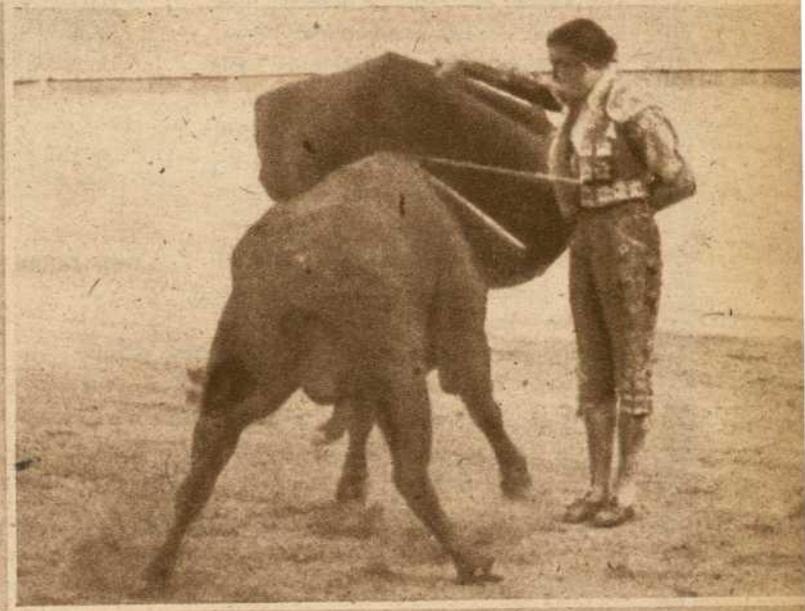
Un muletazo de Domingo Ortega al iniciar su faena

CARTEL DE SAN SEBASTIAN

Reses de Bohórquez para ORTEGA, PEPE LUIS y PEPIN MARTIN VAZQUEZ



Pepe Luis torea por verónicas fuera del tercio. Una manoleti- na de Pepín Martín Váz- quez a su primo. — Abajo: Pepín, Ortega y Pepe Luis, brindan al Caudillo la muerte de sus toros (Fots. Marín)



INDUDABLEMENTE estamos en una crisis de aficionados. Las nuevas generaciones no han aplicado su interés a la fiesta de toros, juzgándola como una técnica y un arte, sino apasionándose por ella como un espectáculo. Predomina hoy en el toreo la plástica, el quietismo en el lance, despreciándose y menospreciándose valores que de siempre han tenido capital importancia y trascendencia. Influyen en esto varios factores. El tamaño y la fuerza del toro y la ausencia de una crítica exigente, son los principales, sin olvidar que a la desaparición natural de los viejos aficionados no les hayan sustituido otros que siguieran sus huellas, en cuanto al rigor por la conservación de las inmutables reglas que desde Pedro Romero acá, han regido y deben regir en el arte de lidiar toros. Bien están y bien vendrán sean las innovaciones, las aportaciones que un torero genial imponga y aclimate, pero siempre que ellas no tergiversen ni mixtifiquen esas reglas que por básicas son inalterables. Por desgracia, no ha sucedido así. El torero genial que en estos últimos tiempos ha surgido, trajo consigo una clase de toreo que, si perfecto en cuanto a la plástica, está lleno de defectos, que al formar escuela echarán por tierra, arrumbándolos, esos principios básicos, que sólo una crítica serena y ecuánime y una afición consciente pudo evitar. Ya el mal está hecho. Ya es muy difícil su extirpación. Los más optimistas esperan la regeneración de un torero futuro que volverá con la pujanza de su arte puro y sin trampas, las cosas a su lugar. No participo de estos candorosos optimismos, porque conceptúo enormemente arduo seguir el camino difícil cuando tenemos a la mano el fácil y expedito. Esa regeneración no puede llegar a impulsos de un torero, sino por exigencias de críticos y aficionados. Y, por el momento, tanto en uno como en otro campo, no se vislumbra la reacción salvadora.

Viene todo esto a cuento, sugerido ante el anuncio de que don Julián Cañedo actuaría en una fiesta organizada para el día de San Lorenzo, patrón de El Escorial. Allí mató un novillo don Julián Cañedo.

Para los actuales pseudoaficionados, este nombre es desconocido. Para los que ya en la afición taurina somos viejos, don Julián Cañedo es nada menos que todo un matador de toros. Sentí mucho no poderle ver el 10 de agosto. Pero hace dos años, en la misma placita escorialense, me extasié ante su faena de muleta eficaz, bella, arrogante, casi toda ella doblándose sobre las piernas en impecables ayudados por bajo, prólogo y preparación de una soberbia estocada, propinada al hilo de

EL PLANETA DE LOS TOROS

DON JULIÁN CAÑEDO, MATADOR DE TOROS



Don Julián Cañedo, con el Sordo y el padre de los Dominguín, en el festival de El Escorial

las tablas, con ejecución conseguidísima de la suerte del volapié. Y don Julián Cañedo, esa tarde, ya había cumplido los cincuenta años, que en nada han amenguado ni el ardor de su corazón, ni la línea de su figura, magra, esbelta, fina, torera figura de un hombre que nació en Asturias, de un hombre que es todo un matador de toros... por afición. Porque esa tarde que recuerdo, mató un utrero, que son los toros de hoy, y en su vida de aficionado se enfrentó con aquellos toros de entonces, con libras, pitones y po-

orbitado y frenético, a la par que desorientado, le reprochaba: «¡Modere sus ímpetus, jovencito, que aquí no hemos venido a divertirnos!» Pues ahora, la gente va exclusivamente a divertirse a los toros.

¡Naturalmente!, se me dirá. Y no tan naturalmente.

Los toros es una fiesta, pero no un Carnaval. Los toros, antes, eran una tragedia, y hoy son una parodia trágico-burlesca. Por eso, ahora, va la gente a divertirse con el teléfono y demás piruetas, y antes iba a presenciar algo bello que encerraba mucho de trágico. Y la tragedia nunca ha sido, propiamente, una diversión.

ENVIO

A usted, Julián Cañedo, matador de toros, envío estas líneas. Acéptelas, aunque no tengo el honor de conocerle personalmente; acéptelas como representante y símbolo de algo que está en trance de perderse: el aficionado a toros, el matador de toros... por afición.

ANTONIO
DÍAZ - CANABATE

Muy antiguo
y muy moderno...
Un coñac de
ayer para el
gusto de hoy.



VALDESPINO
JEREZ

EMILIO CARRERE

había cumplido treinta años cuando vió por primera vez una corrida de toros



Hay muchas maneras de admirar y hasta de sentir afición por el arte taurino. No todo es saber de toros, ni estar al tanto de la brillante terminología con que los eruditos de la lidia designan cada uno de los movimientos que torero y toro ejecutan en el ruedo. La ligereza de un arte atrevido, la inteligencia y el valor de un hombre, se combinan perfectamente, sobre

la dorada arena de la Plaza, con la fuerza bruta y el instinto poderoso de la bestia, para conseguir que brote el aplauso y el grito de emoción del profano en tauromaquia. A uno de estos aficionados que confiesan no entender de toros, traemos hoy a nuestra Sección. Su nombre goza las glorias del prestigio y de la popularidad: Emilio Carrere, el poeta, el escritor que, muchas veces, ha elegido como tema de inspiración la fiesta española, nos confiesa que no entiende de toros. Sin embargo, le gustan.

—Es el conjunto humano y la estampa de pandereta lo que me atrae del espectáculo taurino. Una Plaza de Toros, en un día de corrida, es un vivero de emociones. Constituye, además, la fiesta una válvula de escape para el carácter español.

—¿Le resulta curioso el apasionamiento que siente la mujer por el torero?

—Es muy natural. Es conocido el dicho de que «las mujeres y las alondras se deslumbran ante todo lo que brilla y suena. El torero es siempre —por lo menos en esta época, va que antes había matadores de sesenta años— un hombre joven que, vestido de luces, juega con la muerte ante una fiera brava. El relumbrar de su indumentaria, la fama, el valor, la juventud, todo en él son motivos poderosos de atracción para la mujer.

Don Emilio abandona el público y baja a la arena para ver de cerca al torero y al toro... Tómese esto como imagen metafórica. Pero conste que Carrere nos acaba de confesar ahora mismo que si él perteneciera a la actual generación de muchachos que aún no han decidido su porvenir, sería torero. «Al nacer me equivoqué de época y de sitio» —nos asegura.

—¿Qué es lo que más le interesa de una corrida?

—La noble lucha que se desarrolla en el ruedo tiene para mí una portentosa sujeción: es símbolo y es belleza. Si el bicho y el matador son valientes, puede el interés sentido por una corrida llegar a convertirse en frenesí, en entusiasmo.

—¿Siente usted compasión por la muerte del toro?

—La siento por el caballo. El toro se defiende, busca a ciegas el cuerpo del torero para engancharlo con los cuernos, pone en peligro constante la vida del hombre, y, en ocasiones, se venga anticipadamente, matándolo, de su seguro fin. El caballo... ¡pobrecillo, tan bueno, tan tímido, tan amigo del hombre! Su muerte es una injusticia. Los perros y los caballos tienen un destino desdichado: éstos, en las Plazas de toros, y aquéllos, porque han sido víctimas de la civilización en la época de los primeros automóviles. Los hombres no han sido completamente infieles a la amistad perruna porque los perros tienen la carne demasiado dura.

—¿Cuándo vió usted por primera vez una corrida de toros?

—Después de cumplidos los treinta años.

—¿Dónde ha visto, usted toros?

—En Madrid, en Andalucía y en el Norte. Las Plazas que me gustan son las andaluzas, amarillas y rojas. El color blanco y azul de las norteñas no me parece propio de la fiesta, de su sentido. Gris el cielo, azul el público y blanca la arena... Fondo armónico para un partido de pelota o de fútbol; pero no es el colorido chillón que requiere una corrida de toros, en la que todo debe ser apasionado.

—¿Ha presenciado alguna faena de esas que han hecho época en la historia del toreo?

—Creo que debo declarar —mi franqueza me obliga a hacerlo— que no lo sé. Ya he dicho que no entiendo de toros y no distingo un pase natural de otro cualquiera. A mí todos me parecen muy naturales.

—Entonces, ¿no puede usted establecer comparaciones entre el toreo clásico y el actual, ni juzgarlos?

—Eso es distinto. Puedo opinar sobre los dos, aunque sin meterme en florituras taurinas. Ahora, el toreo es mucho más arte que fué en otros tiempos. No sólo hace falta valor para enfrentarse con un toro, sino conocer perfectamente los trucos del arte. Los orígenes de nuestra fiesta nacional suelen atribuirse a los árabes y a los griegos. Ha pasado por distintas fases antes de llegar a ser lo que hoy es. En el siglo XVII aun no existían toreros profesionales. Se organizaban corridas —¡de veinte toros!— en la Plaza Mayor. Y allí, ante un público numeroso, grandes de España y nobles caballeros, hacían su aparición sobre la arena, seguidos de sus lacayos, que se vestían a la moda oriental, y después de caracolear a caballo alrededor de la Plaza y de relonear, se lanzaban decididos a enfrentarse con las fieras. Así conmovían muchos el corazón de sus damas, que, orgullosas por la ofrenda, pálidas de emoción, les con-



templaban desde los engalanados balcones. Después, ya en el siglo XVIII, habían llegado a considerarse de mal gusto, entre los aristócratas, estos alardes de valor. El toreo pasó a las clases inferiores y se hizo profesional. Se hicieron célebres los primeros nombres de matadores: Pepe-Hillo, Pedro Romero... Se implantó la moda de los trajes de luces, de las ceñidas chaquetillas bordadas en oro... Desde entonces acá la indumentaria del torero ha variado poco, mucho menos que la forma de torear. En tiempos pasados, el matador salía al ruedo a desafiar a su destino, a luchar casi a ciegas con la muerte, y todo lo hacían por cuatro mil reales, a repartir entre la cuadrilla entera. Ahora es distinto. Es una profesión lucrativa. A muchos jóvenes podría aconsejarse que la emprendieran. Ya ha perdido mucho su virilidad primitiva.

—¿Cuál le gusta más de los toreros actuales?

—Únicamente he visto a Bienvenida y a Morenito de Talavera. Me gustan.

—¿Y de los antiguos?

—De mi época, a Joselito. Y admiro la figura lejana del Espartero. Este era muy bárbaro, y cuando le preguntaban si tenía miedo a los toros, contestaba: «Más «cornás» da el hambre». Y tenía razón. Cualquiera muchacho que no sea rico anda siempre toreando al hambre, y las cornadas de ésta no tienen el consuelo de la inmediata asistencia médica, como las que reciben los toreros en la Plaza.

—Y de las mujeres toreras, ¿qué me dice?

—Las pocas que han sido han dado tantas pruebas de valor como los hombres. La Reverte es un ejemplo de que las mujeres tienen valor y arrojo, y hace dudar de la debilidad atribuida al sexo femenino.

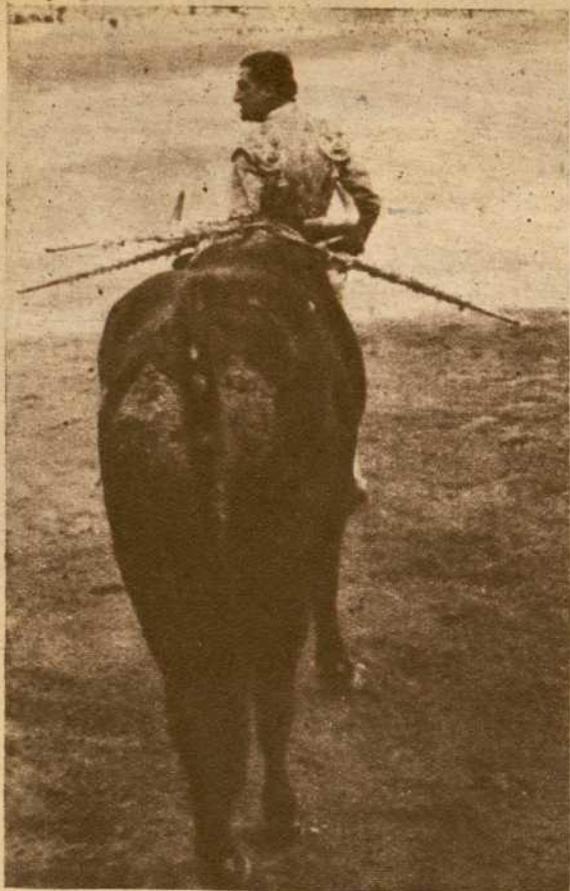
—¿Cree usted que el toreo está refino con la feminidad?

—No; comprendo que los hombres se enamoren de Conchita Cintrón. Sobre todo los de temperamento un poco débil. Los hombres cuya actividad a desarrollar es puramente intelectual, y por eso sienten atracción hacia la mujer brava, fuerte, dominadora.

Después de una pausa, don Emilio añade:

—Creo que he dicho cuanto sé de toros...

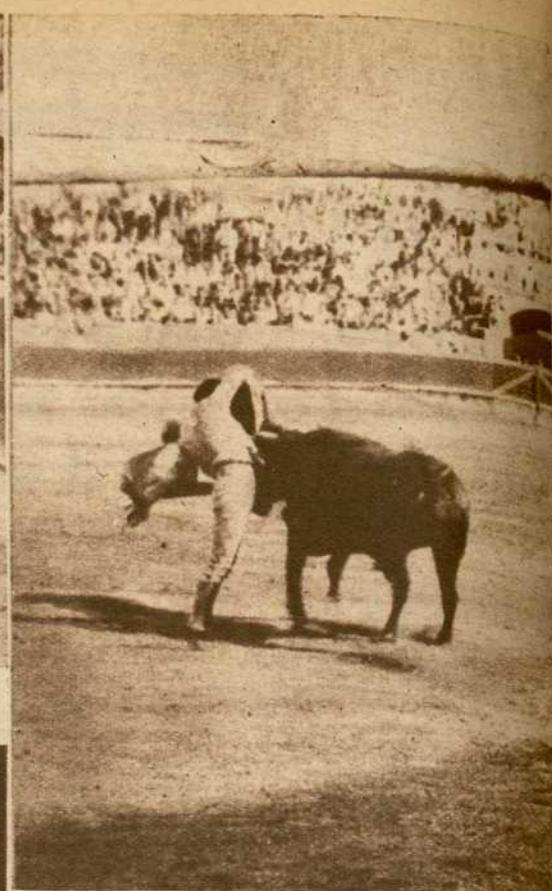
Eso significa que nuestra intervú ha terminado. Aunque sospechamos que el ilustre escritor podría decirnos más cosas de toros, toreros y toreras, desde su punto de vista de aficionado profano.



Un adorno de Belmonte durante su faena



Pepe Luis inicia la faena con las rodillas en tierra

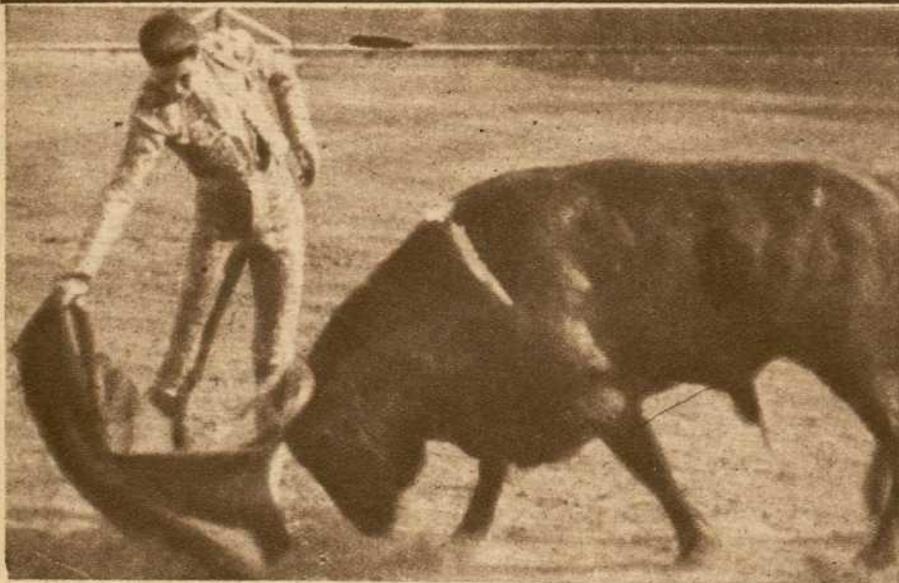


Belmonte hace un quite por faroles

SEGUNDA DE FERIA EN VITORIA

TOROS de VILLAMARTA

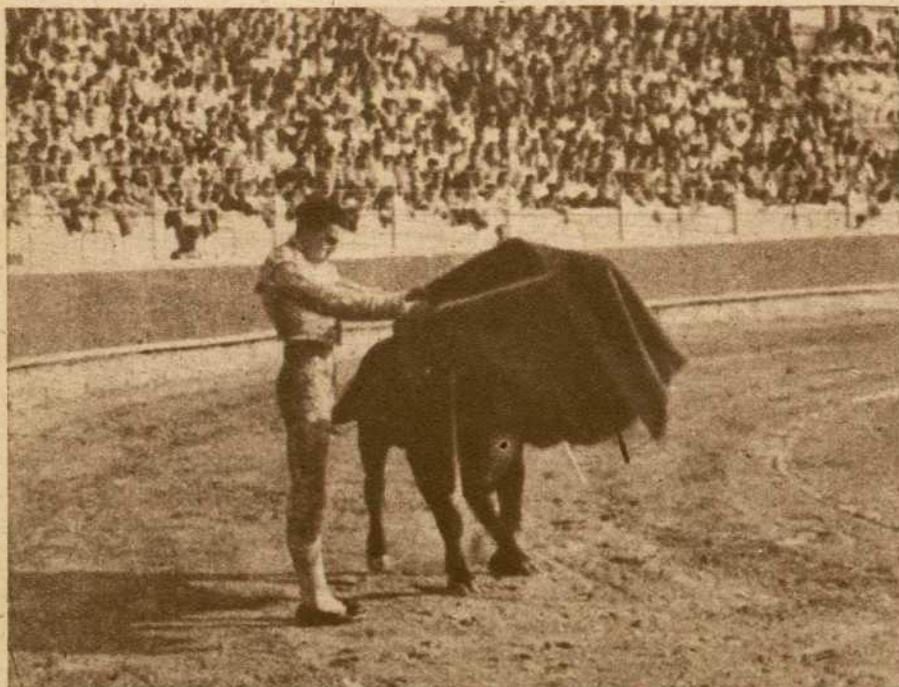
BELMONTE, PEPE LUIS Y PARRITA



Parrita torea en redondo



Una verónica de Pepe Luis



Un muletazo por alto de Parrita



Los espadas, antes del paseo (Fotos Rocha)

La inauguraron,
con toros
de Veragua,
Vicente Pastor,
Bienvenida,
Curro Martín
Vázquez y Torquito



AYER Y HOY DE NUESTRAS PLAZAS

Vista interior del coso barcelonés, a poco de comenzar las obras

La Plaza
de "El Sport"
fué construída
en Barcelona
para competir
con las de
La Pañoleta y
Las Arenas

BARCELONA, como Madrid, ha contado siempre con más de una Plaza para sus combinaciones. Hoy, la Ciudad Condal tiene la Monumental y la de Las Arenas y alterna en ellas los carteles para satisfacer a los espectadores. Sin embargo, Madrid, por estar en vigor un decreto que ampara a la Diputación, no puede hacer uso del coquetón coso de Carabanchel, donde existe la famosa Chata, escenario de atrayentes carteles, en cuyo ruedo realizaron asombrosas faenas las figuras más prestigiosas del toreo.

Y en este repaso de Plazas hemos tropezado con una que ya no existe y que en su tiempo vino a colmar las necesidades taurinas hacia los años 1912 al 1915: la nueva Plaza de «El Sport», como se denominaba el tercer coso taurino de los enclavados en Barcelona.

Se aprovechó la temporada invernal para dar cima al proyecto que tenían los empresarios de Las Arenas. El nuevo circo estaría emplazado en las calles Cortes, Marina, Diputación y Lepanto, con la entrada principal por la primera de las calles mencionadas. Barcelona estaba realizando el ensanche de su población y los tranvías llegarían desde todos los puntos más céntricos de la capital catalana. Y se puso manos a la obra en aquel invierno del año 1912, construyéndose lo primero la cerca que cerraría el nuevo coso, los corrales —seis magníficos apartados— y su pasillo central. La Plaza constaba de tendidos y un piso, lo que permitía alegría y una visibilidad superior a otras Plazas levantadas por entonces. El redondel tenía 52 metros de diámetro y el callejón dos metros de anchura. El tendido de sol se componía de 27 gradas, seis de éstas cubiertas, sin barandilla de ruedo que dividiera la parte baja de la alta, y en la sombra, al igual que en la Plaza de Valencia, en lugar de barreras y contrabarreras, se montaron dos filas de sillones, a los que seguían 14 filas de tendido, existiendo al final un pasillo amplio con otra fila de comodísimos asientos que se denominaban de relleno o de separación con el tendido, por medio de una barandilla de hierro. Y detrás de estas localidades fueron construidos los palcos, con un total de treinta, dejando en el mismo

centro de éstos el de la presidencia; y a derecha e izquierda los de las autoridades máximas: Gobierno civil y Capitanía general.

Sin grandes innovaciones en su construcción, la Plaza de «El Sport», de Barcelona, resultaba cómoda y atrayente. A ambos lados de los palcos se montaron las gradas, cubiertas, compuestas de seis filas y sus correspondientes delanteras, y en el exterior un espacioso jardín con su patio. Como dependencias complementarias, «El Sport» tenía espaciosas cuadras, patio para la prueba de caballos, capilla, sala de espera para los toreros, café, casa para el mayoral, administración, portería... Y el total de la cabida era de 14.000 almas.



Torquito, Vicente Pastor, Manuel Bienvenida y Curro Martín Vázquez, que formaron el cartel de inauguración

El arquitecto, señor Raspall, al realizar el proyecto, tuvo en cuenta el deseo de sus propietarios para más adelante: levantar un piso más cuando las circunstancias así lo exigieran, aumentando la cabida hasta 20.000 espectadores. Pero esto no se llevó a cabo y la Plaza de «El Sport» murió tal y como se construyó hace treinta y tantos años, por los señores Castillo y Alba, propietarios y empresarios de la tercera Plaza que existió por entonces, levantada para competir con las de Las Arenas y la de la Barceloneta, que ya funcionaban.

Como era deseo de sus propietarios, «El Sport» se inauguró el domingo de Resurrección, 12 de abril del año 1912. Contra viento y marea se

comenzó a construir y contra viento y marea se efectuó la primera corrida, que despacharon Vicente Pastor, Bienvenida, Curro Vázquez y Torquito. Los toros pertenecieron a la ganadería del duque de Veragua, bien presentados y con mucho poder, cumpliendo todos sin que se excedieran en el primer tercio; pero para los de a pie resultaron broncos y reservones. Lo que fué malo para el lidiador compensó al público, que no mostró su disgusto ante la buena estampa y el poderío de los veragüenos.

Pastor se mostró activo y valiente, siendo aplaudido por la buena dirección y en sus intervenciones en los quites, dando la vuelta al ruedo en el quinto. Bienvenida encontró a su primero muy difícil, no realizando faena. En su segundo oyó protestas por no aprovechar las condiciones del bicho.

El éxito de la tarde correspondió a Curro Vázquez, que en sus dos toros estuvo a la altura de su fama. Con la capa y la muleta cuajó dos grandes faenas y sus estocadas entusiasmaron a la concurrencia, que le obligó a dar la vuelta al ruedo en el primero y pidió la oreja en el segundo. Torquito compitió muy bien con sus compañeros en la brega, escuchando muchos aplausos.

Se inauguró el circo taurino con un lleno completo, sin que se dejara sentir que hubiera aquella misma tarde corrida en Las Arenas. Regaterín, Manolete y Flores actuaron en el coso de Las Arenas.

Lo que hoy no puede realizarse, hace más de treinta años se permitían tener los catalanes: tres Plazas abiertas en la gran temporada taurina, La Pañoleta, Las Arenas y «El Sport».

Madrid, con la de la carretera de Aragón, Tetuán y Vista Alegre, ofrecía al aficionado combinaciones para todos los gustos.

Ahora, con un solo coso, el retraimiento es significativo. En plena efervescencia taurómaca, los graderíos aparecen vacíos y los empresarios pierden cantidades que pueden malograr el futuro.

El público se lamenta del poco interés que les ofrecen los carteles... El torero lo achaca a las dificultades del momento.

Y el empresario a todo porque es el más perjudicado.

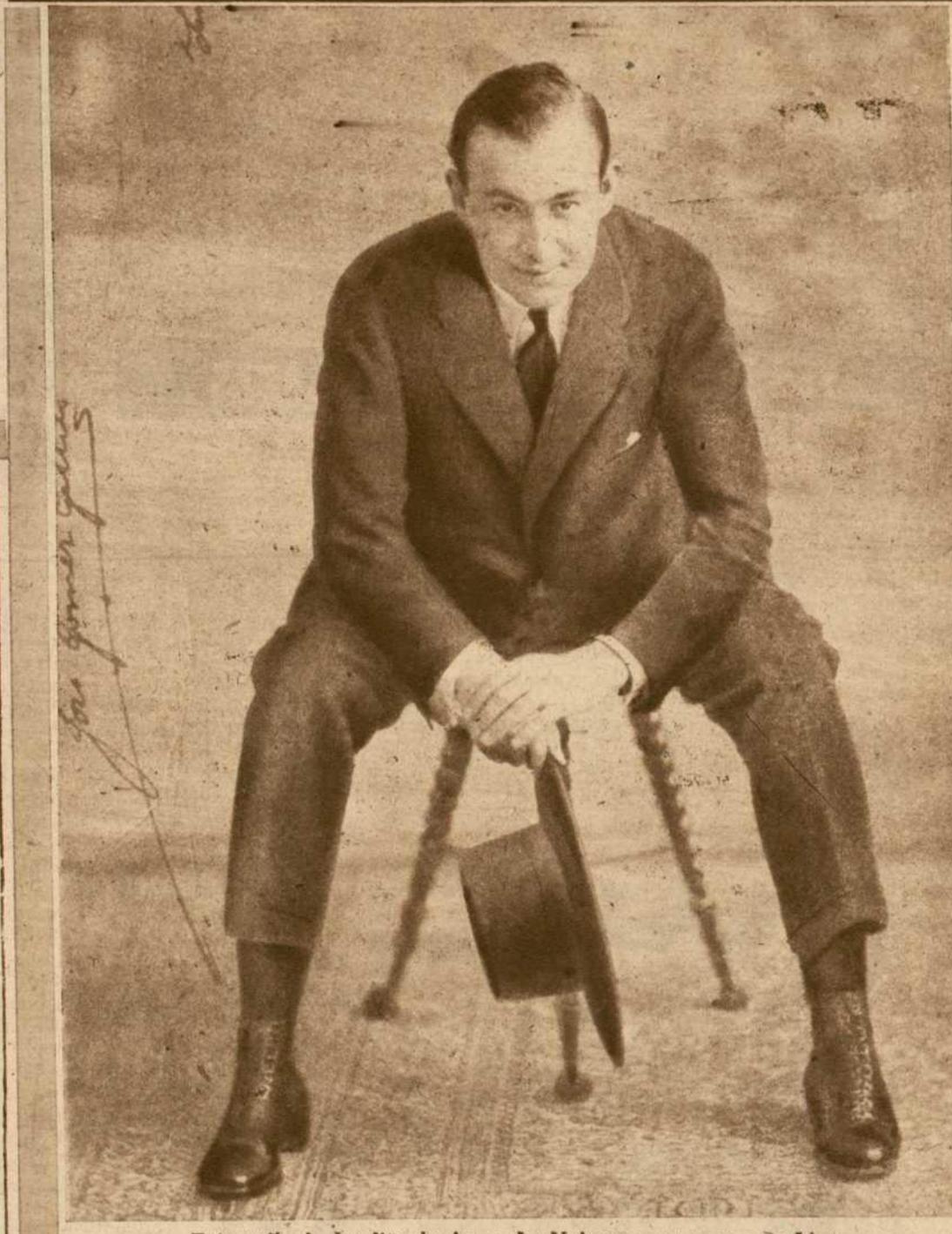
JOSE CARRASCO

Vista de la Plaza de toros de «El Sport»



Mi última entrevista con Joselito

"Mi cualidad más saliente es conocer a los toros en cuanto salen del toril"



Fotografía de Joselito, hecha en La Habana, a su paso para Lima

"No soy soberbio. Lo que pasa es que me gusta la sinceridad y no sé reír sin ganas"

FINALIZABA el año de 1919. Era una mañana clara, limpia, embalsamada por la brisa de aquel mar del trópico. Una típica y deliciosa mañana habanera.

Joselito y yo, al salir del Hotel Inglaterra, lentamente dirigimos nuestros pasos por el ancho paseo del Prado, camino del Malecón, ese balcón alborotador y alegre por el que la gran ciudad parece asomarse apoyada en sus brazos, para que el mar, en el flujo y reflujo de sus aguas, bese una y mil veces sus manos blancas.

Embarazado por la corbata, que había suprimido su habitual camisa de chorre-ras, el gran torero movía el cuello nerviosamente.

—Qué, ¿no nos acostumbra-mos?

—No me encuentro, no. Joselito descansaba unos días en La Habana, camino de Lima, donde había de cumplir un ventajoso con-trato.

Comentamos el viaje des-de la Península.

—¿Qué tal esa travesía?

—Muy bien. Me salvé del mareo.

—¿Es el primer viaje que haces por mar?

—De esta importancia, sí.

—¿Qué impresión te produjo?

—Que el mar es una cosa seria, un poquitillo seria.

—Me han dicho que llevas un contrato excepcional para Lima.

—Ocho corridas, a siete mil duros, y un beneficio.

—¿El mayor sueldo que has cobrado en tu vida?

—El mayor, fuera de una vez que cobré cincuenta mil pesetas por matar seis toros.

—¿Qué te pagan hoy en España por una tarde?

—Seis mil pesetas.

—Ya serás rico.

—Estoy bien de dinero, no me quejo. Cuando me retire, creo que lo haré con un bonito capital.

Cruzó a nuestro lado un lujoso automóvil. Desde su interior, una bella mu- jer, tiple famosa, saludó agitando su mano.

—¿Te acuerdas?

Joselito no contestó. Durante unos instantes, quedó su mirada prendida en la marcha del coche.

No sé cómo se me ocurrió la pregunta

—¿Por qué dicen que eres un poco soberbio?

Joselito se volvió rápido, con gesto de sorpresa.

—¿Soberbio? Lo que pasa es que soy sincero. Yo no sé reír sin ganas. Soy incapaz de hacer una grosería a nadie; pero no me sale de adentro el ser excesivamente amable con aque-llas personas que no me son simpá-ticas. ¿Es eso soberbia?

Caminamos un rato en silencio.

Después reanudamos la charla sobre la arriesgada profesión.

—¿Cuántos toros habrás matado en tu vida?

—Más de mil quinientos.

—¿Les hablas a los toros cuando los toreas...?

—A los toros cegatos hay que hablarles, porque al oír la voz embisten.

—Belmonte y tú, ¿sois buenos amigos?

Lo somos. Te doy mi palabra de honor. Lo que pasa, ¿comprendes?, es que las Empresas, los amigos, para animar la afición, hacen creer en un duelo cons-tante, que no existe. Cuando toreamos juntos, es natural que procuremos los dos quedar bien; pero la amistad está por encima de todo eso.

Nos paramos junto al pretul del Malecón. El agua llenaba de espuma el rompeolas. Un barco doblaba el Morro para entrar en el puerto. A popa flameaba la bandera española.

—Viene de nuestra tierra—dijo Joselito con cierto dejo de melancolía.

—¿Te acuerdas de España?

—Mucho.

—Dicen que por allá se te ha quedado prendido el corazón.

—¿Quién sabe!

Los dos, con nostalgia, miramos el paso lento de la nave.

Y dos meses después recibí la carta de Lima.

«Querido Carlos: Ya llevo toreadas das cinco corridas, y he podido dar a tres tardes a mi gusto. El públi-co está muy contento. Quieren que vuelva el año que viene...»

cinco corridas, y he podido dar dos

Aquella carta, que conservo cuida-dosamente, era la última referencia directa que había de llegarme de José.

Muy poco después, en la Pla-za de Talavera, Joselito lidiaba el último toro de su vida, una vida que, en plena gloria, quebró sus alas.

CARLOS PRIMELLES



UNGUENTO ANTISEPTICO PARA ACCIDENTES Y ENFERMEDADES DE LA PIEL.

QUEMADURAS - GRANOS ULCERAS - HERIDAS VENTA EN FARMACIAS

Consejo sanitario núm. 3970

AL PREPARAR SU MALETA NO OLVIDE

COLONIA Gualda

AHUYENTA LOS INSECTOS

UNA SOLA FRICCIÓN EXTERMINA EN EL ACTO TODA CLASE DE PARASITOS

FRASCO PEQUEÑO - 750 Ptas. (Impuestos incluidos)

GITANISMO Y TORERIA

El llamado canto hondo, grande y chico, es folklore, arte y ciencia popular, lo mismo que el toreo, expresión estética de la forma en movimiento ante la ciega embestida de los toros. Ambas modalidades, emanación de nuestro ser, que son una misma en pura esencia, tiene sus raíces en el alma entrañable del pueblo español y muy particularmente en Andalucía, de donde son originarias, nativas, profundas e inconfundibles. Tanto lo son, que por su sola imagen —torero o cantar—, reproducida en un grabado de revista o evocada en un disco de gramófono, somos reconocidos en el mundo entero como tipo único racial e identificado en el acto como españoles. ¿Está bien? ¿Está mal? Pedir al pueblo que prescinda de estas dos caras de su alma es imposible locura, porque nadie se libra de su sombra. Las cosas son como son, y nosotros somos así. ¡Qué lo vamos a hacer!

Digo esto porque hubo espíritus fuertes que se avergonzaron, en el amanecer de nuestro siglo, de estos dos brotes característicos del alma popular. Eran aquellos que, en vez de hacer examen de conciencia por su inhibición en el desastre del 98, echaron la culpa a la Marcha de Cádiz en la rota en Santiago de Cuba. Ellos crearon, inventaron y pusieron en circulación la llamada España de pandereta, vista sin duda en aquellas graciosas panderetas de la feria sevillana, con sus ángulos en flecos de madroños, destinadas al turismo.

Los temas interpretados en tales panderetas o panderetas ya se sabe cuáles son: corridas de toros, zambras gitanas, toreros, bailaoras, cantaores, etc. Todo ello exagerado, descoyuntado y muy puesto en razón sólo si se mira al fin puramente comercial, enderezado al turista

o al forastero. La pandereta en este caso es un juguete, un recuerdo de tales o cuales fiestas privativas en tales o cuales regiones andaluzas. Pero no se olvide que la plebe, la culta y la otra, tiene mal gusto, y que nada hay más fácil que halagar el gusto depravado con la representación detonante de tipos y costumbres. ¿Pero eso es España? ¿España es así? ¿Hay una España de pandereta? Mil veces, no. Esa supuesta España quedaría inexistente en el anonimato pueblerino si no fuera por los escritores nacionales que la pregaron a costa del prestigio de su Patria. España, Andalucía, es toda color y luz, gracias a Dios. Y nada más falsificable que lo luminoso y lo colorista en las malas retinas y en los pinceles protervos. ¿Qué culpa tiene la pureza de Murillo de la impureza del cromo que la copia? ¿Se identifica acaso la pincelada justa y sobria con el chafarrinón grotesco? ¿Es lo mismo la España eterna que la caricatura de España en el parche de una pandereta? Un sentido justiciero responde que no. La misma inocente pandereta, bello instrumento racial, que nos viene de los misterios dionisiacos en los templos de la Grecia gentil, es recuperable sólo cuando está mal pintada. Pero si acusa la paleta de un Goya, de un Romero de Torres, de un Jiménez Aranda o de un Sorolla, entonces la pandereta abominable de comercio se trueca, no en la España de pandereta, sino en la pandereta de España, que debemos alzar sobre nuestras cabezas con todas sus sonajas, dando al viento el tesoro folklórico que anidamos en los *reñanos del alma*, con sus cantares, decires, gestas bravías en los redondeles, danzas de revuelos ingrátidos, piropos, romerías, donaires, suspiros en la reja y *siguiriyas* elegíacas que saben cantar ante la muerte...

Tal es el alma del pueblo, fiel a sí mismo. Rafael Guerra, hijo del pueblo y fiel a sí mismo, espera el juicio de Dios vestido de corto por toda mortaja. Y Fernando Villalón, gran poeta y caballista campero de garrocha, dejó escrito:

Que me entierren con espuelas
y barbuquejo en la cara;
que nunca fué bien nacido
quien renegó de su casta.

Yo amo en toda su pureza el folklore bendito de mi pueblo, como el catalán adora su sardana, el astur su danza prima y el aragonés su jota. ¿Que mucho que me alarme cuando veo que su hondo sentido estético se bastardea y desnaturaliza? Vivimos en una época en que Apolo se disfraza de Mercurio. Hay teatro comercial, pintura comercial, musical comercial y folklore comercial. Y no es lo malo que haya un género folklórico mercantil; lo peor es que este novísimo modo espectacular adultera lo mismo que pretende enaltecer. Todo cuerpo robusto tiene su caldo de cultivo de bacterias. Toda encina frondosa propende al muérdago que se nutre de su savia. ¿Y cuál es el parásito, cuál el muérdago del glorioso folklore andaluz? A la vista salta si abrimos los ojos: esa flor parasitaria se llama gitanismo.

Y no es que yo, ¡pobre de mí!, tenga en

poco lo gitano cuando es típico y puro. El gitano racial merece mi respeto, porque tengo para mí que la opinión de un hombre solo es poca cosa ante toda una raza, sea cual sea. Pero esa opinión se torna legítima cuando lo que sobrenada en la conciencia desborda sus orillas. Y lo que desborda es un gitanismo, producto de un mestizaje corrompido y corruptor, peligrosamente circulante. Ya no es el gitano auténtico el intérprete de la *siguiriya*, el polo y el martinete que se les atribuye a la verdad sin una prueba histórica. Es el usurpador de todas las formas líricas andaluzas. Hasta la misma saeta, explosión piadosa del pueblo, deja de ser plegaria para convertirse en copla ininteligible a fuerza de *melismas* y *jipios*.

Llegará un día —está muy cerca— en que nuestro entrañable folklore se tiña de gitanismo hasta el punto de perder el nombre. Por amor a mi tierra, deseo con el alma una clara depuración que separe en definitiva lo que es andaluz de lo que no lo es. Menos gitanismo y más andalucismo, que tanto monta como más españolismo. Yo no soy nadie para tamaña empresa. Pero viven en España andaluces excelsos, como José María Pemán, Joaquín Turina, Manuel Machado y José Carlos de Luna. Invoco sus nombres con una esperanza.

Ya dije que el toreo y el cantar son las dos caras inseparables de un mismo folklore. En cuanto a la influencia del gitanismo en el toreo, es tema importante que ya no cabe en este artículo. Dios será servido de darme varillas y tiempo para intentarlo.

FEDERICO OLIVER



Estatua de Lagartijo



Figura de bailaora, original de Benlliure



PARA SUS DIENTES

DENTICHLOR

EN MALAGA

NOVILLADAS

EN SANTANDER

Un novillo de Núñez y seis de Samuel Santos

Reses del Marqués de la Rivera

Marimen Clamar, Navarro, Liceaga y Chaves Flórez

VITO, VIZEU Y CHAVES FLOREZ



El cuarto novillo fué un modelo de bravura, y el público obligó a los mulleros a que le dieran la vuelta al ruedo en el arrastre



Vito inicia su faena de muleta en el primer toro



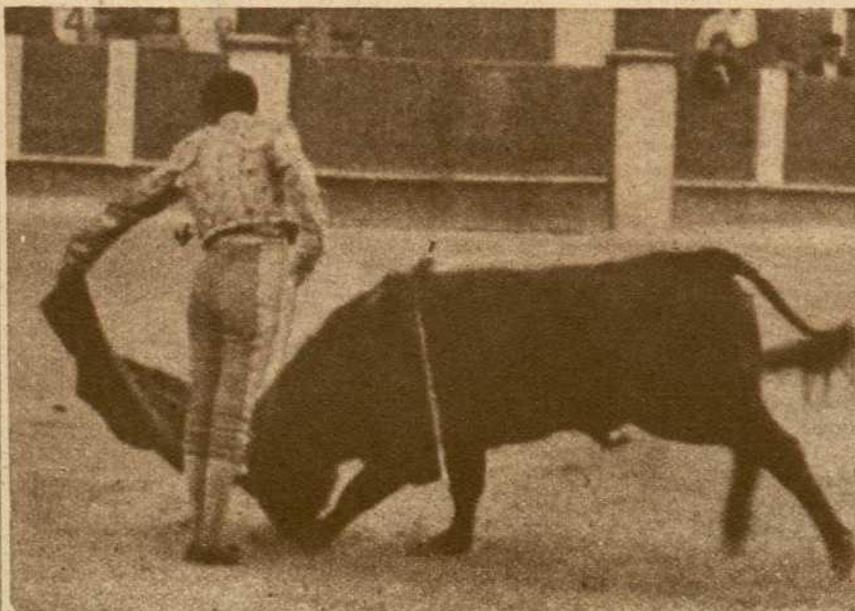
La rejoneadora portuguesa antes del accidente que sufrió



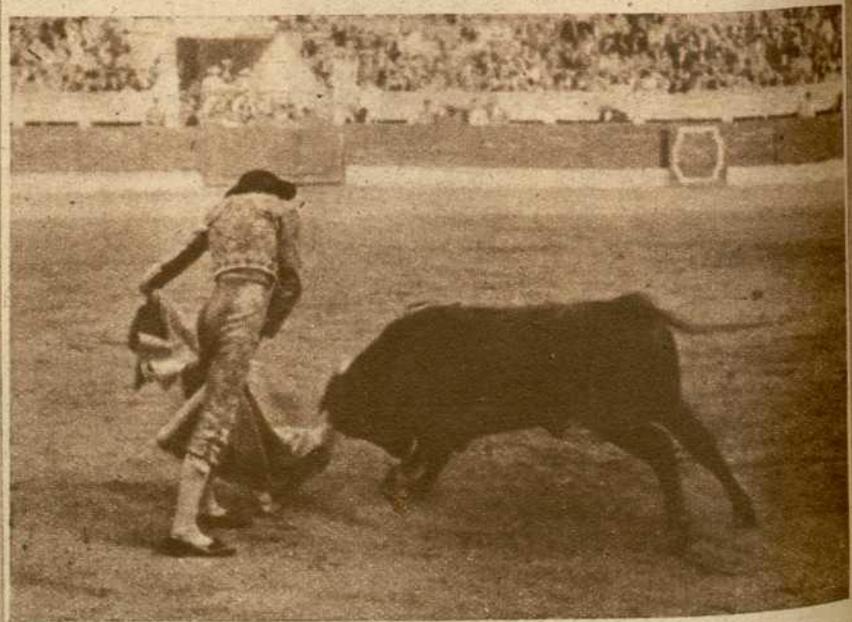
Navarro aguanta la arrancada en un buen derechazo



Vizéu tira del toro en un muletazo con la derecha



Un natural del mejicano Liceaga (Fotos Molina)

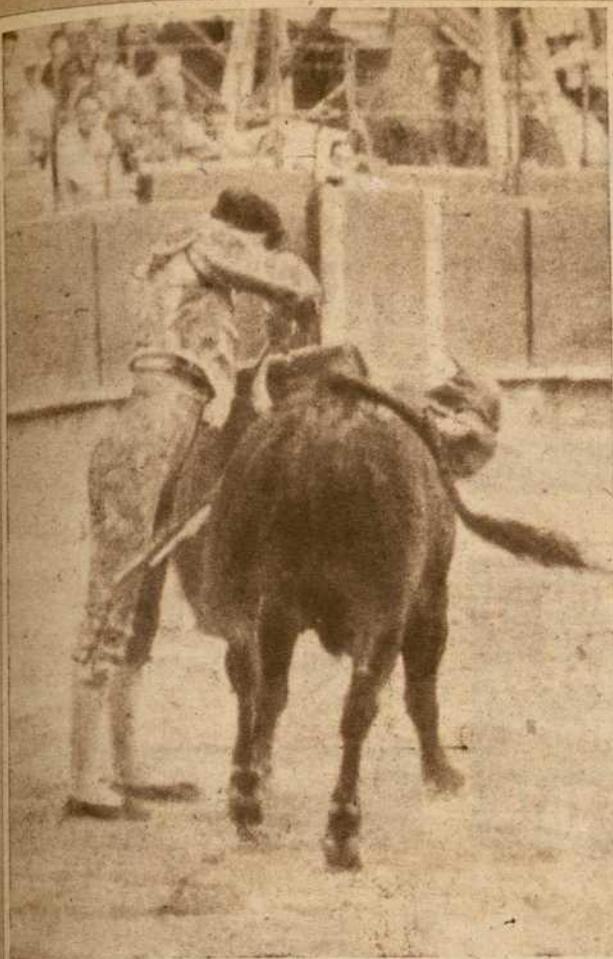


Una buena verónica de Chaves Flórez a su primero (Fotos Samot).

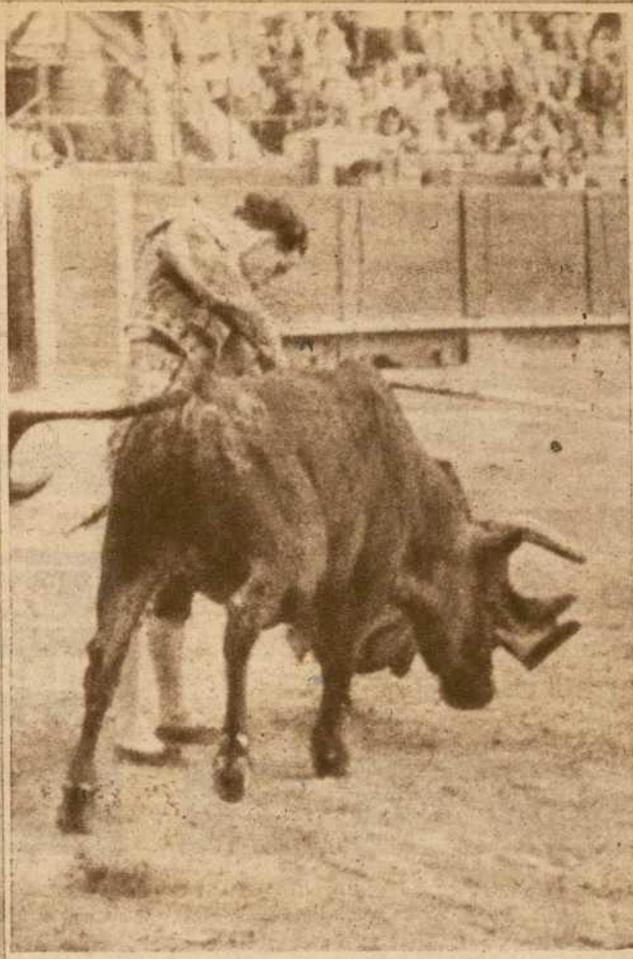
**El jueves en
Barcelona**

**Novillos de
don Eduardo
Miura**

**ROBREDO,
PACO RODRIGUEZ
Y
PERICAS**



Un pase natural de Robredo, en el que el toro ha punteado y ha enganchado la muleta



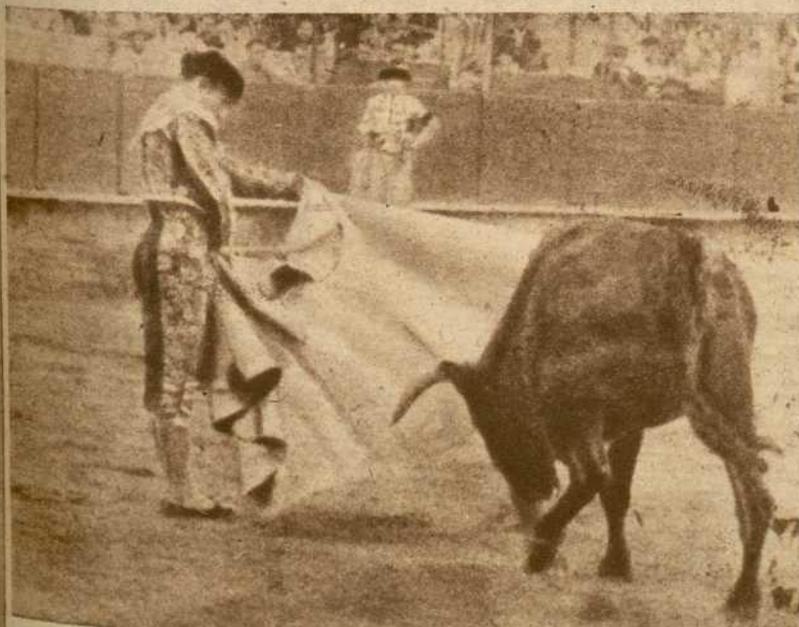
Otro muletazo al natural, en el que el de Miura va ya metido en la franela



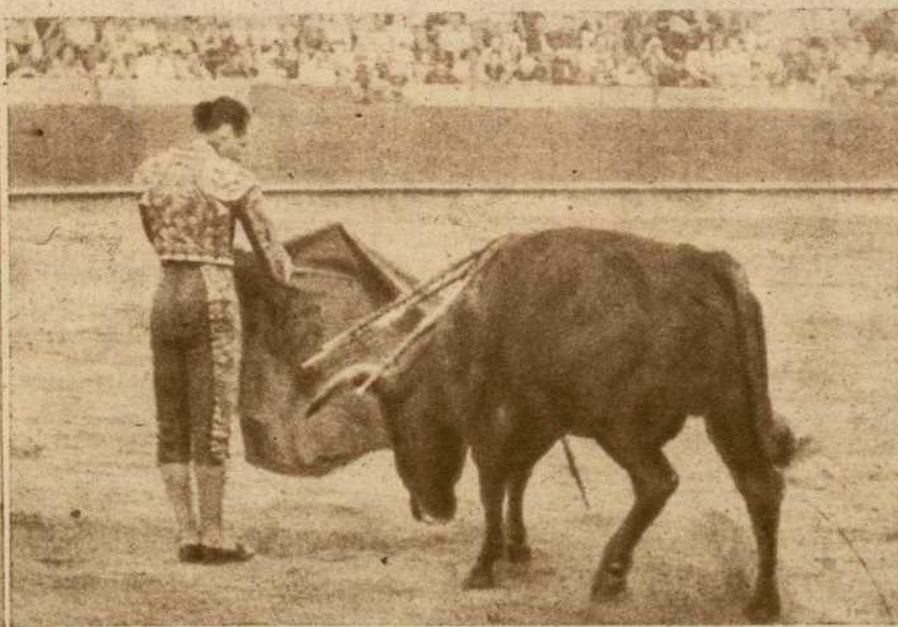
Paco Rodriguez en un buen muletazo en redondo



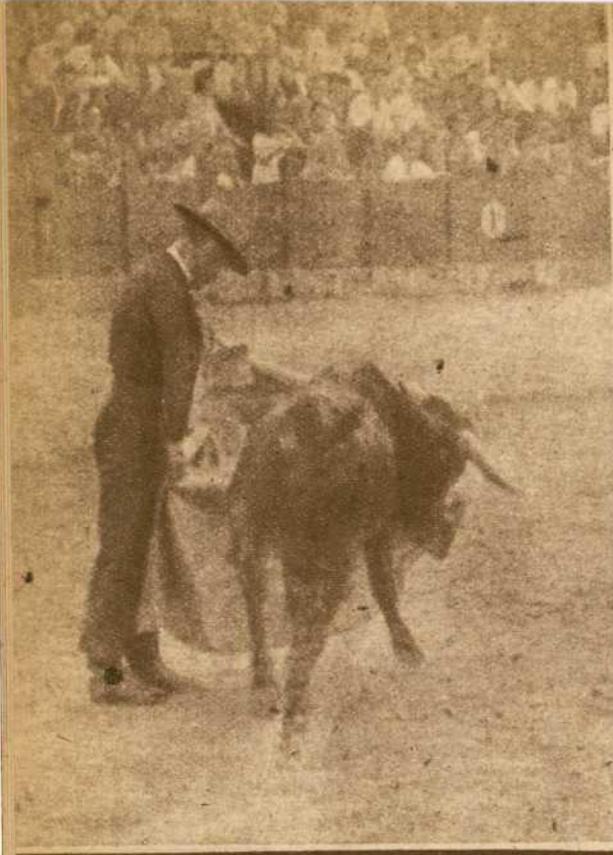
Y así ligó una serie Paco Rodriguez, con el toro embebido en la muleta



Una buena verónica de Pericás a su primer novillo



Pericás inicia su faena con un estatuario (Rotos Valls)



Julián Cañedo en una verónica, en la que el busto erguido y los pies asentados son las normas del bien torear



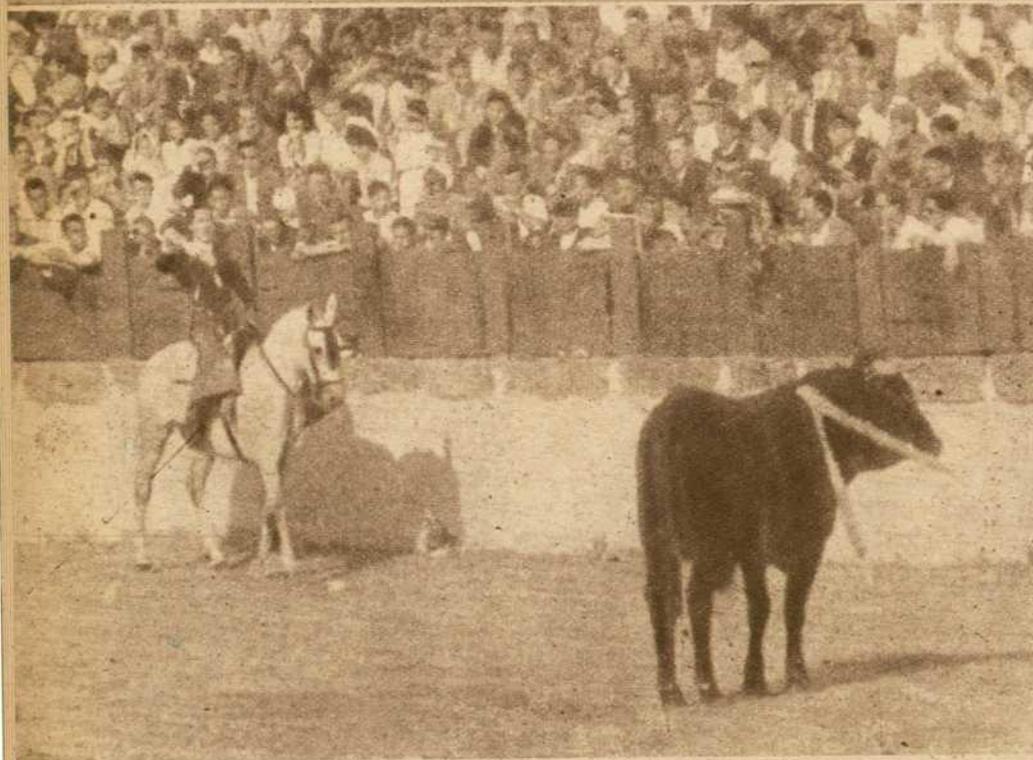
Un buen muletazo de Perico Domecq



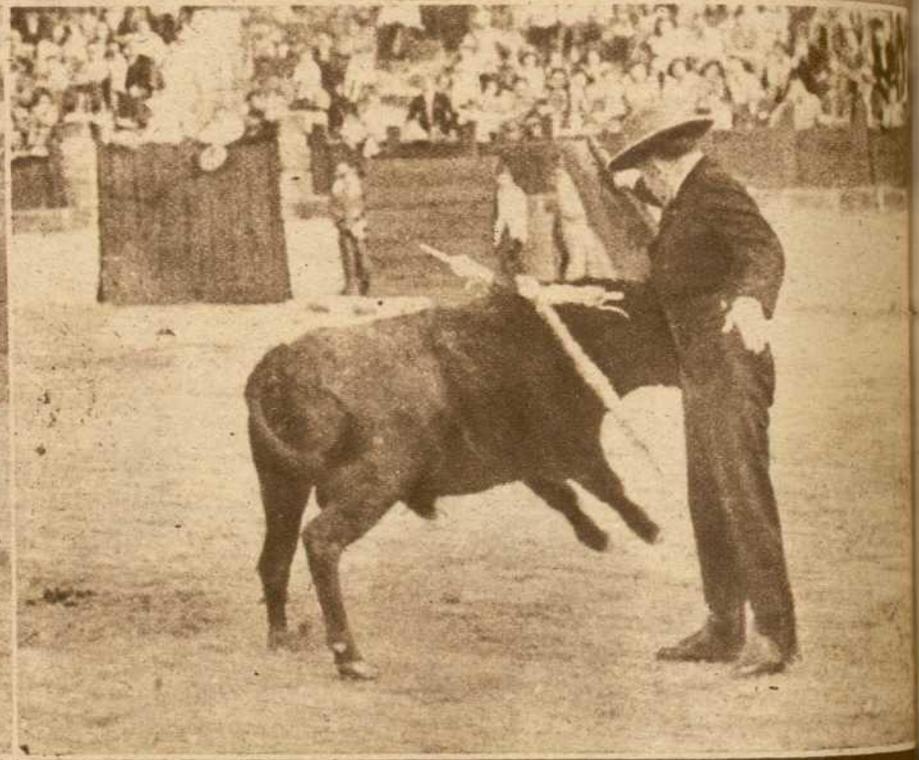
De izquierda a derecha: Pedro Domecq, Armillita, Luis Miguel, un aficionado local y Juan Armillita

FESTIVAL BENEFICO EN EL ESCORIAL

**Pinohermoso, Julián Cañedo,
Pedro Domecq, Armillita, Domingo,
Pepe y Luis Miguel Dominguín**

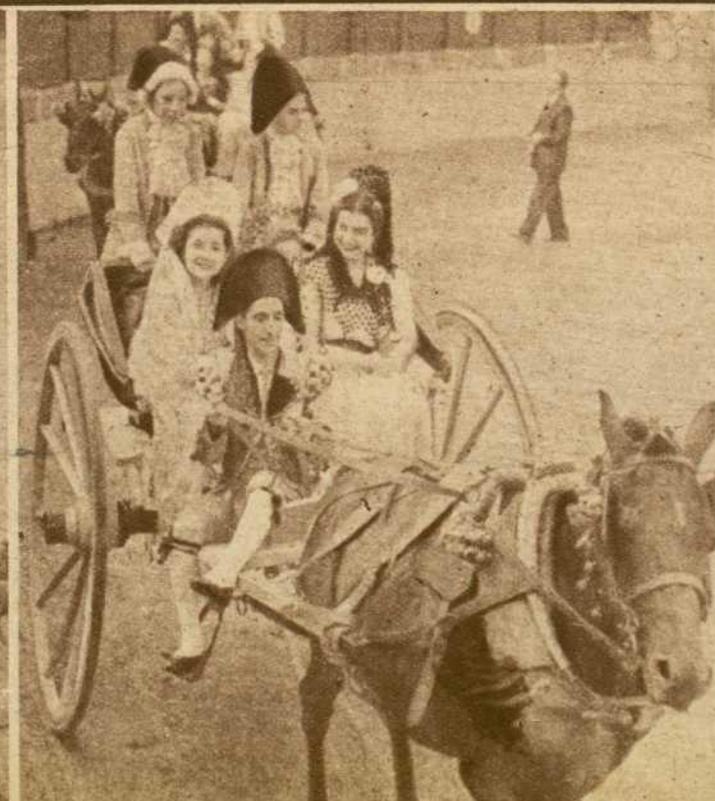


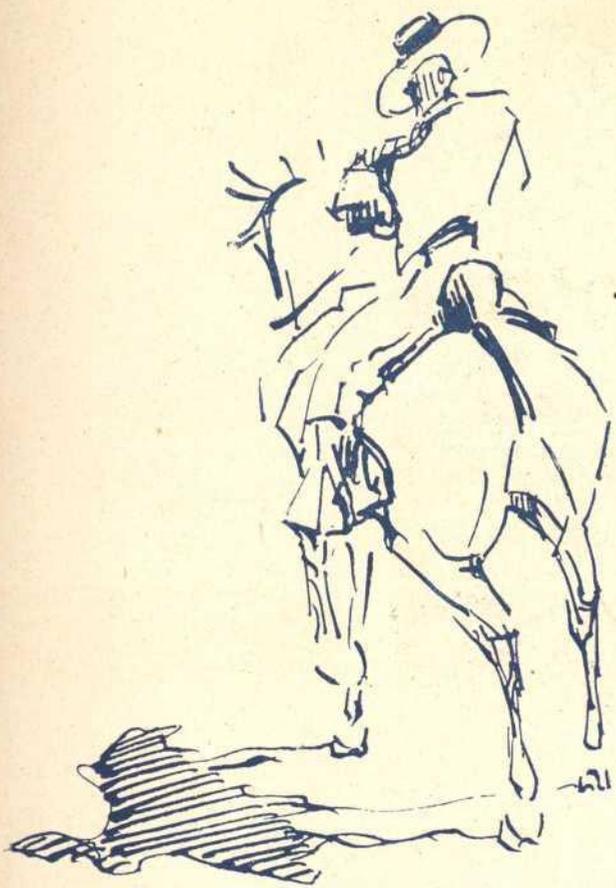
Luis Miguel Dominguín cita para clavar un par por dentro al primer novillo



Pinohermoso muletea al novillo que rejoneó (Fotos Mari y Actualidad)

Las presidentas desfilan en calesas antes de que las cuadrillas hagan el paseo





JOSE
VALENCIATO
946



Una larga a punta de capote.

(Dibujo de Perez.)